

FR

FBI
Selecciones

**CHARLIE
S. CYR**

**LOS GANGSTERS
MANDAN CORONA**



**SELECCIONES
DEL
F.B.I.**

CHARLIE S. CYR

**LOS
GANSTERS
MANDAN
CORONA**

Título del original, en inglés:
THE GANGSTERS SEND A WREATH

© EDITORIAL ROLLAN, S. A.

Amaro García, 17

Madrid - 5. España

Núm. Rgto.: 4.854 - 58

Dpto. legal: M. 853 - 1965

Printed in Spain

JOSE RUIZ ALONSO - Imp. - Quiñones, 2 - T. 224 86 51

L

A muchacha volvió la cabeza con recelo. El hombre aquel la seguía. Su mirada buscó inútilmente a lo largo de la calle una posible ayuda. Salvo ellos dos, aparecía totalmente desierta. A las tres de la madrugada el populoso barrio neoyorquino de Bronx, situado más allá del río Harlem, guardaba la más absoluta quietud. Sus gentes, obreros en sus dos terceras partes, buscaban en el sueño el necesario descanso a la agotadora labor de cada día.

«Debe de estar asquerosamente borracho», se dijo.

Y apresuró el paso todo lo que permitía la ceñida falda. El redoble que producía sobre el pavimento el taconeo de la muchacha se hizo cada vez más agudo. Las pisadas de su seguidor sonaban por contraste de un modo sordo y pesado. Sin embargo, la distancia que separaba al uno del otro iba acortándose por momentos.

El encuentro con aquel tipo había sobrevenido pocos minutos antes; unas yardas más abajo. El intervalo entre dos farolas del alumbrado dejaba precisamente aquel lugar de la calle en suave penumbra. Topó con él de súbito.

Se hallaba inmóvil, reclinado en el muro. Algo sucio que vio en, la mirada de aquel hombre la hizo buscar instintivamente el borde de la acera. Aquel movimiento repentino la salvó. La figura que momentos antes permanecía estática cobró vida en un segundo, intentando apresarla entre sus brazos.

La momentánea proximidad del hombre la envolvió en un repugnante hálito de alcohol. Al ver frustrado su torpe intento quedó él, por unos instantes, contemplando con estúpida fijeza cómo se alejaba la muchacha. Luego, echó a andar tras ella.

La aventura, en principio, la había producido más repulsión que temor. Su trabajo en uno de los más bulliciosos clubs nocturnos de Broadway la tenían curtida en este desagradable género de accidentes.

No era tampoco la primera vez que había encontrado borrachos en el trayecto que separaba la boca del Metro de su domicilio. Pero la equívoca tenacidad de aquella persecución y el recuerdo de los

ojos de aquel hombre, habían terminado por ponerla verdaderamente nerviosa.

—¡Maldito cerdo! —exclamó de nuevo.

Y, torciendo bruscamente, buscó el amparo de un callejón envuelto en sombras que se abría a su izquierda. Ya en él, se descalzó rápidamente y, asiendo los zapatos de alto tacón con una mano, mientras que con la otra sujetaba su falda por encima de las rodillas, echó a correr, calle adelante, sin ocultar ya su miedo.

La treta no produjo los efectos deseados. El hombre dobló presuroso la esquina, lanzándose rápidamente en su persecución. Cada vez que el esfuerzo de su loca huida obligaba a detenerse a la muchacha, seguía escuchando el obsesionante rumor que se mantenía tras ella inalterable, torturándola hasta el pánico.

Anhelante, tambaleándose por el pavor y el agotamiento, dio un traspíe en la oscuridad y fue a chocar contra una puerta. Giró esta suavemente, sin ruido alguno, y el cuerpo de la mujer, llevado de su propio impulso, cayó hacia dentro.

Y allí, entre tinieblas aún más profundas que las de la calleja, permaneció acurrucada, rígida por la tensión del momento, igual que un animal acosado.

¡Se acercaba! El sonido de aquellas odiosas pisadas se hacía cada vez más intenso. Por un momento, el corazón pareció quererle estallar dentro del pecho. Intentó contener el jadeo de su respiración oprimiéndose fuertemente la boca. Y con las dilatadas pupilas fijas en el vano de la puerta esperó loca de miedo...

Durante unas décimas de segundo se recortó la silueta del hombre, borrosa y rápida, a escasos centímetros de ella. Luego, el sonido producido por su carrera fue decreciendo poco a poco, hasta perderse en la lejanía. La muchacha cerró los ojos, escondió la cabeza entre los brazos y comenzó a reír histéricamente.

Le hubiera sido de todo punto imposible calcular el tiempo que permaneció así. El primer síntoma de que la normalidad volvía a su ser fue el acuciante deseo de fumar un cigarrillo.

Lentamente, con las manos todavía un tanto temblorosas, localizó el paquete de «Camel». Colocó el cigarrillo en sus labios. La llama del encendedor automático, rompiendo las tinieblas del recinto, la causó vivo sobresalto. Sin levantarse del suelo empujó presurosa la puerta hasta cerrarla.

El local que tan inesperadamente le había servido de refugio tenía todas las trazas de ser un garaje. Allí, junto a ella, unas latas de gasolina se hallaban apiladas descuidadamente.

La muchacha se estremeció al pensar lo cerca que estuvo de

chocar con ellas y las consecuencias del seguro estrépito. La nave era amplia y alargada. Se encontraba vacía a primera vista. Únicamente, al fondo, la llama oscilante de su automático la permitió distinguir vagamente un bulto de tonos oscuros.

Dos largas aspiraciones al cigarrillo terminaron de tranquilizarla. Localizó los zapatos y comenzó a calzarse. Pero lo hizo sin prisas. Se resistía a dejar el puerto seguro de aquel garaje que había sido su salvación. El recuerdo de la calleja tenebrosa la hacía aun estremecerse. ¡Si aquel hombre volvía sobre sus pasos!

Terminó de fumar y se levantó. Un último deseo de retrasar su salida la hizo retroceder hacia el fondo del local. La llama del encendedor guio sus pasos, que se dirigieron hacia la mancha oscura vislumbrada momentos antes...

Y el pánico la envolvió nuevamente entre sus garras. Esta vez con ramalazos de auténtica tragedia.

Allí, a dos pasos, yacía en informe montón el cuerpo de un hombre. Sus extremidades, espantosamente contorsionadas, le quitaban toda apariencia humana. Pero lo verdaderamente horrible era el rostro, tumefacto, lívido, machacado materialmente a golpes.

La muchacha lanzó un alarido de terror y se lanzó alocada hacia la puerta. Pero aquella nueva prueba era ya demasiado fuerte para sus nervios. Cundo intentaba cruzar el umbral perdió el sentido y quedó allí tendida, con medio cuerpo sobre la acera de la calle.

El silencio, agudamente turbado unos segundos por el grito delirante de la mujer, volvió a convertirse en dueño y señor de la tenebrosa y solitaria calleja.

* * *

Estrenar máquina era un acontecimiento para Jimmy. Por eso aquella mañana la pecosa cara del muchacho resplandecía casi tanto como la roja maraña que coronaba su cabeza. Aquel telegrama que entregar, en horas en que el sol comenzaba a acariciar el alto de los edificios, servía maravillosamente a sus planes.

La ocasión de probar a conciencia su nueva «bici» surgió que ni pintada al dejar la avenida y torcer por el callejón, libre en su totalidad de señales de tráfico. Enfiló rápidamente la pendiente soltándose las manos. Su boca, abierta de oreja a oreja en orgullosa sonrisa, recibía la fresca brisa del amanecer de aquel día de verano neoyorquino.

No cabe duda que de haber tenido testigos, el aplauso más entusiasta hubiera acompañado el vertiginoso descenso de Jimmy,

pero el único ser humano que encontró en su camino no estaba precisamente en condiciones de celebrar la hazaña del audaz mensajero.

Felizmente para este, su indudable habilidad se sobrepuso al sobresalto de ver aquel cuerpo tendido junto a la calzada. Un sabio frenazo y, en dos saltos, se encontró junto a la mujer.

Sus esfuerzos por reanimarla resultaron inútiles. Arrastró el cuerpo junto al muro del edificio, lo reclinó sobre él utilizando como almohada su propia chaqueta y, tras dudar unos instantes, penetró en el garaje.

Segundos más tarde, un Jimmy completamente distinto al que minutos antes se adentraba en el siniestro callejón, salía escapado por aquella puerta. Pálido como un difunto recobró su bicicleta y, pedaleando como un loco, no paró hasta dar con el primer agente uniformado, de guardia en la avenida.

—¡Pronto! ¡Sígame! ¡He encontrado un hombre muerto y una mujer que no va a tardar mucho en estarlo...!

—¡Calma, muchacho! —repuso sin alterarse el agente—. ¿Dónde ocurre eso que me cuentas?

—Ahí cerca: en el callejón de Bowling. Pero, dese prisa, ¡por Dios!

Media hora más tarde un coche de la Policía, al que seguía una ambulancia haciendo sonar su potente sirena, se detenían frente al garaje. El teniente Georg Tracey, de la Policía Metropolitana, vistiendo el uniforme de su cargo, descendió del turismo. Tras él bajaron dos agentes de paisano.

Después de recibir el rígido saludo del guardia que permanecía firme en la puerta del local, Tracey dirigió la vista hacia el grupo que formaban la mujer y Jimmy.

El pelirrojo estaba sentado junto a ella y la atendía solícitamente. La muchacha parecía haber recobrado en parte el sentido, aunque su estado era lamentable. De cuando en cuando algunas palabras balbucientes surgían de sus labios.

—Está muy enferma, señor —dijo el chico—. En su delirio no hace más que hablar de un maldito borracho...

—Gracias, pequeño —contestó el teniente—. Y dirigiéndose hacia uno de los agentes que le acompañaban, repuso:

—Usted, Reggie, se hará cargo del inmediato traslado de esta mujer al hospital. La acompañará en la ambulancia y no se apartará de su lado hasta que yo pueda interrogarla.

Luego, haciendo un gesto al guardia para que le siguiera, el teniente Tracey penetró en el garaje. Por unos segundos se mantuvo

en silencio ante la macabra figura que aparecía a sus pies. Inclinandose, apartó las ropas que cubrían el pecho del cadáver. En el costado izquierdo aparecía perfectamente visible la huella de una ancha herida de arma blanca.

—¿Se ha tocado algo aquí, agente?

—No, señor. Todo está tal como lo hallé cuando recibí el aviso del muchacho. Lo temprano de la hora parece habernos evitado muchos inconvenientes. Nadie ha aparecido por aquí.

—Gracias. Salga fuera, tome el nombre y dirección del chico que dio la alarma, y déjelo marchar. Luego diga a Jarquins, mi ayudante, que entre mientras que usted permanecerá en la puerta impidiendo la posible entrada de curiosos.

—Bien, señor. A sus órdenes.

Cuando el ayudante de Tracey se acercó a su jefe se hallaba este de rodillas ante el bulto informe que presentaba el cadáver. Con mano cuidadosa registraba los bolsillos interiores de la americana del muerto, llena de oscuras manchas de sangre ya seca.

—¡Canastos! ¡Vaya trabajito macabro! —exclamó el recién llegado—. Parece como si al pobre tipo este le... —Jarquins cortó de raíz sus comentarios al ver la expresión del rostro del teniente.

En aquel momento la palma de la mano derecha de Tracey sostenía una placa brillante. Una posterior ojeada a la cartera del muerto hizo que el oficial de la Policía Metropolitana levantara la vista hacia su subordinado y dijera pausadamente:

—Si esta documentación, como es muy probable, perteneció en vida al hombre que yace antes nosotros, el cuerpo es el del inspector James S. Castairs, uno de los más viejos y valiosos puntales del Federal Bureau of Investigation.

Un par de horas más tarde, cuando ya el sol hacía sentir sus rigurosos efectos estivales, cambiando por completo el tétrico panorama de la calleja, dos nuevos personajes hacían su entrada en el lugar del suceso.

Uno de ellos, de porte marcial, alto y con robustas espaldas, era el inspector John Walker, jefe de la División Local del F. B. I. Sus curtidas facciones acusaban una energía fuera de, lo corriente. Se mantenía singularmente erguido aunque las arrugas de su rostro y las plateadas sienes eran prueba de que se hallaba bastante alejado de los años juveniles.

Su acompañante, por el contrario, parecía un chiquillo. De mediana estatura, delgado, rubio, lo único que en aquellos momentos parecía quebrar la aniñada configuración de su rostro era el acerado brillo de sus ojos grises.

El vasto local del garaje, aparecía lleno de gente. Un equipo de policías iba de un lado para otro, obteniendo «fotos» por todo el recinto. Otros agentes buscaban, afanosos, posibles indicios de huellas dactilares hasta en los sitios más inverosímiles, mientras que, junto al cadáver, el forense discutía en voz alta con el teniente Stracey. Todo aquel bullicio cesó como por encanto al aparecer en escena los dos nuevos visitantes.

—Buenos días, Stracey —saludó el inspector Walker, dirigiéndose directamente al teniente de la Policía—. Me he apresurado a venir nada más recibir su aviso. El único retraso experimentado se debe al tiempo que empleé en recoger a este muchacho. Le presento a Ronald Castairs.

Nadie mejor que él podrá decirnos la verdadera identidad del difunto.

Siguieron unos momentos de silenciosa tensión, mientras el joven avanzaba en dirección al cadáver. Con manos trémulas fue separando la manta que cubría piadosamente el cuerpo allí tendido.

Al enfrentarse con aquella cara horriblemente desfigurada, las mejillas de Ronald Castairs quedaron blancas como la cera. Permaneció unos instantes contemplando aquellas facciones con emoción contenida.

Luego, febrilmente, desgarrando la camisa ensangrentada del cadáver dejó un hombro al descubierto. Entre la lividez de la carne una cicatriz, perfectamente visible, denunciaba la señal de una vieja herida.

Lentamente, el muchacho volvió a colocar la manta sobre los tristes despojos. Enderezó el cuerpo y con voz fría, inexpresiva, sin que se alterase un solo músculo de su rostro, se dirigió a los presentes:

—Efectivamente. El hombre que aquí yace vilmente asesinado es el inspector James S. Castairs, mi padre.

D

ONALD quería estar solo; necesitaba de todo punto huir de la gente, estudiarse a sí mismo, cavilar en toda su amplitud los efectos fulminantes del duro trance que acababa de atravesar. Porque le constaba que en el solo espacio de unos segundos, aquellos que le bastaron para reconocer el cadáver de su padre, todo su ser había experimentado un cambio radical, absoluto.

Había sido siempre un hombre de extrema sensibilidad, dotado de un carácter abierto a todas las emociones, particularmente expresivo y, a veces, hasta pueril, en su deseo de no desperdiciar ni una sola de las facetas de la vida. Y ahora... ante aquel dolor que le traspasaba el corazón; se sentía totalmente incapaz de exteriorizar su sufrimiento, de derramar una lágrima tan solo.

Durante horas enteras vagó por las calles, sin noción alguna del tiempo. Mecánicamente empujó la puerta de un «bar», hallado a su paso. Acodándose a un extremo del mostrador pidió una bebida cualquiera y volvió a aislarse de cuanto le rodeaba.

Pensó en su madre, fallecida nueve años atrás, cuando él todavía no había cumplido los quince. ¡Qué distinto había sido todo! Las lágrimas sin tasa que vertió el chiquillo que era entonces, contribuyeron a desahogar su pena. El recuerdo de su madre trajo consigo el de una escena de su niñez que, más tarde, habría de jugar importante papel en su vida.

—Mira, James, hazme el favor de no comprar a Ronald más pistolas, aunque sean de juguete. Ni tampoco soliviantarle con todos esos relatos absurdos de robos y crímenes.

—Pero, mujer... Si lo que yo quiero es que se vaya acostumbrando. El día de mañana será mi sucesor y...

—¡Ni pensarlo, James! Bastantes sobresaltos me causas tú para que ahora vayamos a duplicar la dosis. Nuestro hijo será cualquier cosa menos agente del F. B. I.

—Yo deseo que Ronald sea un hombre entero y verdadero. Y con tus mimos lo estás estropeando. ¿Sabes cómo le llaman sus compañeros de colegio? ¡«Peach»!¹, ¡Ronald «Peach»! Y él, encima,

lo toma a broma...

—Me parece ridículo que por el meto hecho de ser rubio y no tener una sucia barba que afeitarse, como te ocurría a ti a los catorce años, necesite el chico asesinar a todo el colegio para «salvar su honra».

—¡Muy bien, mujer! ¿Y qué te propones, con vistas al porvenir de tu hijo?

—Ya sabes que tiene magníficas disposiciones para el dibujo...

—¿Qué dices? ¿Ronald Castairs pintor? ¿Mi único hijo dedicado a un oficio propio de desocupados, de bohemios pringosos y hasta de mujeres? ¡¡Nunca!!

Y Ronald Castairs, alias «Peach», fue pintor. Y el más entusiasmado, finalmente, con aquella profesión fue su propio padre quien, al quedar viudo años más tarde, envió al muchacho a París, costeándole con espontánea largueza los estudios.

Unos meses antes, terminada con singular lucimiento su iniciación en el arte pictórico, Ronald había regresado a Nueva York rebosando proyectos e ilusiones. Proyectos e ilusiones que compartió con análogo entusiasmo el autor de sus días. La inesperada tragedia había segado de raíz todo aquello.

Ante Ronald surgió nuevamente la imagen alucinante del inspector James Castairs tendido en un rincón del sucio garaje, con los huesos rotos, el rostro reventado...

¡No, no era únicamente la muerte de su padre lo que le torturaba cruelmente, hasta negarle el consuelo de las mismas lágrimas! ¡Era la forma espantosa en que aquella muerte se había producido!

Y, de pronto, vio claro el único camino que tenía ante sí si quería hallar alguna vez sosiego para su espíritu, ilusión para seguir viviendo. Arrojó unas monedas sobre el mostrador y se levantó bruscamente del asiento. La banqueta cayó al suelo con estrépito. Ronald no se detuvo a levantarla. En dos zancadas cruzó el local llegando hasta la puerta giratoria. Y antes de que recobrase su aspecto normal el atónito rostro del «barman» sorprendido por el repentino cambio de actitud de aquel extraño cliente, el muchacho estaba ya dentro de un «taxi».

—¡Rápido, amigo! ¡A la División del F. B. I.!

Minutos más tarde, sin hacer antesala, Ronald Castairs penetraba en el despacho del inspector jefe John Walker. Un mudo aunque expresivo apretón de manos fue el único saludo que se cruzó entre ellos. Walker, con un simple ademán, señaló a su visitante el sillón vacío que se hallaba frente a su mesa. Esperó a que el muchacho tomara asiento y le ofreció seguidamente una

pitillera abierta. Tras unas cuantas bocanadas de humo fue Ronald quien inició el diálogo.

—Necesito que me explique con todo detalle las causas que han podido originar el asesinato de mi padre.

—Comprendo que quieras conocer todo cuanto rodea este dolorosísimo suceso, que siento tanto como tú puedas sentirlo. Sabes perfectamente la estrecha amistad que me unía al viejo y el cariño que he sentido por ti desde que eras un crío... Sin embargo, poco o nada puedo decirte. El misterio más absoluto se cierne sobre este bárbaro crimen.

—¡Pero habrá algo! ¡Un indicio cualquiera! No puedo creer que ustedes, los del F. B. I., se hallen tan desorientados como dice. Mi padre estos últimos días parecía preocupado. Permanecía fuera de casa más horas que de costumbre.

No me atreví a interrogarle, pues ya sabe usted lo reacio que era a comentar sus actos de servicio. ¡Por Dios, Walker, explíqueme usted todo lo que sepa!

—Nada puedo decirte sobre la preocupación de mi pobre amigo. Como dices muy bien, le gustaba trabajar en solitario. Rara vez nos anticipaba sus proyectos. Confiaba en sus facultades de excepción para darnos los casos resueltos. A otra persona no se lo hubiéramos consentido. A tu padre, sí. Nos tenía confiados porque el éxito acompañó siempre todas sus empresas.

—Pero, últimamente, ¿tenía alguna misión especial que cumplir?

—Sí, Ronald. Y por tratarse de ti, como caso de excepción, voy a explicarte cuál era.

—¿Pudo ser ella el motivo de su muerte?

—Eso... por ahora solo Dios lo sabe. Y el asesino. Pero escucha y juzga tú mismo. Hace poco más de dos semanas que el Instituto de Investigación Nuclear de Richmond denunció el extravío de unas fórmulas de gran interés. Se relacionaban estas con los más recientes descubrimientos para la producción de energía atómica a menor costo que el actual, utilizando un nuevo mineral, el «torio», cuatro a diez veces más abundante que el «uranio». Por la especial índole del asunto se encomendó este caso al Federal Bureau of Investigation.

—¿A quiénes pueden interesar esos documentos?

—Muchos países están profundamente interesados en las nuevas experimentaciones que se realizan en este sentido. En la Conferencia Internacional de Utilización de la Energía Atómica con Fines Pacíficos, celebrada en Ginebra, en mil novecientos cincuenta

y tres, se reveló ya la gran importancia del «torio» como nuevo combustible atómico.

—Luego esas fórmulas pueden valer una fortuna a quienes las sustrajeron.

—Efectivamente, ya que contienen, por lo visto, algo verdaderamente positivo, que ahorraría muchos esfuerzos a los centros extranjeros de física nuclear.

—¿Quién dirige los trabajos de dicha investigación en el Instituto?

—El profesor Ernst Muller.

—Lo más seguro, Walker, es que alguien de Richmond tenga que ver con el delito.

—Esa ha sido siempre nuestra idea. Aunque parece difícil por la selección del personal y la extremada vigilancia que existe al hallarse este Instituto, como otros similares, bajo el directo control del Estado. Sin embargo, era el único camino que teníamos abierto para iniciar la investigación. Tu padre fue encargado de ella. Lo que haya conseguido descubrir ha desaparecido con él. Ahora hemos de comenzar de nuevo...

—Lógicamente, su asesinato implica que estuvo muy cerca de lograrlo. A no ser que... La muchacha aquella que encontraron desvanecida, ¿ha declarado algo?

—Por dos veces y ambas en el mismo sentido. Primeramente habló con él teniente Stracey, de la Policía Metropolitana. Manifestó que su encuentro con el cadáver fue puramente casual y el origen precisamente de su desmayo. Ella, al parecer, buscó refugio en el garaje huyendo de un borracho que le perseguía tenazmente...

—¿Y la segunda vez?

—El otro interrogatorio lo he verificado yo personalmente, no hace una hora de ello, en el hospital donde se encuentra internada. Por tratarse del asesinato de un inspector del F. B. I. el asunto ha pasado íntegramente a nuestras manos. La mujer se ha ratificado en su primera declaración. Se trata de una corista que trabaja en un «music-hall» nocturno de Broadway. No se le conocen amistades sospechosas, ni ha tenido hasta el momento contacto alguno con la Policía. De todas formas es pronto aún para sentar conclusiones. Se sigue investigando a fondo en la vida de esa mujer.

—¿Qué ha dicho en definitiva el forense sobre las causas de la muerte de mi padre?

—Una puñalada que le atravesó el corazón. Debió morir en el acto.

—No trate de infundirme inútiles consuelos, Walker. No soy una

criatura y tengo fuerzas para resistirlo todo. Además, es inocente intentar ocultarme lo que vieron mis propios ojos. Antes de morir, mi padre fue salvajemente martirizado. ¿Cómo pudieron ensañarse con él de esa forma?

—Eso es lo que más nos ha desconcertado. No responde a los métodos habituales de los «gangster» y demás ralea. Parece más bien la obra de un sádico, de un loco sediento de venganza...

—¿Se encontraron huellas en el garaje?

—Ninguna que nos lleve al descubrimiento de los asesinos. El local perteneció a una lechería que quebró hace ya tiempo. Lo utilizaban para guardar en él la camioneta de reparto. Todos los bienes de la empresa fueron embargados en su día y el garaje no ha sido utilizado desde hace más de un año.

—¿Entonces?

—Lo más probable es que el crimen se cometiera en otro lugar y luego el cuerpo fuera abandonado allí por el asesino. Parece evidenciar esta hipótesis el hecho de existir un visible rastro sobre el polvo acumulado en el local, semejante al que pudiera dejar un cuerpo al ser arrastrado por el suelo. Hay también huellas de pisadas, pero totalmente confusas, ya que sobre ellas anduvieron más tarde la muchacha que buscó allí refugio, el chico de Telégrafos y el propio agente que se acercó primero al cadáver. Otro dato que parece corroborar esta idea, es la carencia de manchas de sangre en el pavimento y, sin embargo, las ropas del cadáver están materialmente impregnadas de aquella.

—¿Cuándo se produjo exactamente la muerte?

—Según el forense, unas doce horas antes de haberse encontrado el cuerpo. Es decir, aproximadamente a las seis de la tarde de ayer.

—Lo más desesperante de todo esto, Walker, es la falta absoluta de datos. Es absurdo que nos veamos forzados a permanecer así los dos, frente a frente, en esta forzosa inactividad...

—Sí, Ronald, es desesperante, pero necesario. Antes de ponerse en movimiento hay que pensar detenidamente el plan de acción para no correr alocada e inútilmente de un sitio para otro...

Por unos minutos permanecieron ambos hombres en silencio, aspirando el humo de sus cigarrillos. El rostro de Ronald Castairs evidenciaba señales de nerviosa fatiga a la luz, cada vez más tenue, que entraba por el ventanal del despacho.

El declinar de aquel caluroso día de verano se había iniciado y algunos de los anuncios luminosos comenzaban a parpadear en multicolores destellos.

—¿Has tomado algún alimento, Ronald?

—No sé, Walker, no recuerdo. Me parece que no. Anduve todo el día sin rumbo por las calles. Creo que bebí un «whisky»...

—Ahora vas a tomar un café muy cargado y unos «sandwichs». Voy a avisar que te los traigan.

—Déjalo, Walker. No podría tomar ni una miga de pan. Mis nervios me lo impiden. Walker, escúcheme: ¡Yo necesito vengar la muerte de mi padre! ¡Voy a buscar a sus asesinos aunque sea en las entrañas de la tierra y voy a matarles!

—¿Qué dices, muchacho? ¡Olvida eso! La misión nos compete exclusivamente a nosotros. Tranquilízate. Estoy decidido a hacerme cargo del asunto yo mismo y te prometo no cejar hasta desentrañar el misterio y detener al culpable.

—No. Me resultaría completamente imposible vivir al margen de todo esto. Si no quiere mi colaboración actuaré solo.

—El F. B. I., ni aun en este caso que te afecta tan cruel y directamente admite detectives «amateurs». Además, tú no tienes derecho alguno para aplicar la ley por tu mano.

Ronald abandonó el asiento con un enérgico gesto de resolución pintado en el rostro. Luego, en tono seco dijo:

—Me marchó, Walker. Gracias por todo.

El inspector jefe de la División Local del F. B. I. se levantó a su vez hasta colocarse frente al muchacho. Luego, alzó los brazos y colocando sus manos sobre los hombros de Ronald quedó por unos segundos mirándole fijamente.

—¿Qué vas a hacer, loco?

—Eso es asunto mío.

—Pero... ¡atiende a razones! No tienes experiencia alguna para este duro oficio. La aventura puede costarte la vida...

—No insista. Es inútil que se moleste en convencerme. Estoy absolutamente decidido a seguir adelante.

Sobrevino otra pausa. El inspector Walker oprimió con fuerza los hombros del joven y exclamó con energía:

—Escúchame, Ronald. En nombre de la Ley te lo prohíbo. Si persistes en esa idea absurda habrás de atenerte a las consecuencias.

Retirando de su cuerpo con brusco gesto las manos del inspector, el muchacho dio media vuelta sin pronunciar palabra en dirección a la puerta del despacho. Cuando estaba a punto de abrirla se detuvo al oír nuevamente la voz de John Walker.

El tono había perdido toda su anterior frialdad y dureza. Al volverse vio que el inspector tenía una pistola en la mano.

—Espera, muchacho. Me olvidaba de entregarte una cosa que te pertenece por derecho propio: esta «Lugger» que se hallaba en uno de los cajones de la mesa de tu padre. Antes de salir pasa por las oficinas, donde te extenderán un volante para que puedas conservar el arma en tu poder sin complicaciones...

III

L

AS duras emociones sufridas privaron a Ronald Castairs de los beneficios de un sueño tranquilo. Cuando despertó, bien entrada la mañana del siguiente día, se sintió profundamente cansado. Pero el firme propósito de seguir adelante en el descubrimiento del asesino o asesinos de su padre le prestó nuevas fuerzas.

Tras una ducha tonificadora comenzó a vestirse. Ya dispuesto para salir dudó unos momentos. La «Lugger» yacía sobre una mesita, tal como la dejó al llegar a su casa la noche anterior, entre un cúmulo de pinceles y tubos de pintura. El muchacho tomó la pistola al tiempo que una leve e irónica sonrisa asomaba a sus labios.

—No cabe duda que hay bastante diferencia entre los antiguos y mi nuevo instrumento de trabajo —y acariciando la culata de la «Lugger» la introdujo en el bolsillo posterior del pantalón.

Seguidamente salió a la calle.

Su coche fue dejando tras sí el Nueva York del lujo y los negocios para llegar finalmente a Richmond, zona mucho menos urbana y más campestre. Le costó pocos minutos localizar el Instituto de Investigación Nuclear y, seguidamente, el pabellón del profesor Ernest Muller.

La habitación donde, después de acreditar su personalidad debidamente, fue conducido Ronald Castairs, recibía la intensa luz de los amplios ventanales. Unos cuantos ficheros metálicos adosados a las paredes y una mesa de trabajo eran su único mobiliario.

Frente a una máquina de escribir se encontraba una rubia y bonita muchacha, la que, al sentir la presencia de Ronald, alzó la vista de su tarea y quedó contemplando al visitante con ojos interrogadores.

—Desearía hablar con el doctor Muller.

—Imposible en estos momentos. El profesor está trabajando en el laboratorio. No acostumbra a recibir visitas. Y cuando lo hace es a base de concertarlas previamente.

—El asunto que me trae tiene excepcional importancia para mí, señorita. Le ruego que me facilite su entrevista.

—No creo esté en mi mano conseguirlo.

—Por favor. Soy Ronald Castairs, el hijo de un hombre que ha muerto por servir a este Instituto. Anúnciame al profesor. No creo que se niegue a recibirme.

Los ojos azules de la muchacha adquirieron un fugaz destello de interés al escuchar el nombre del visitante.

Luego, sin decir una palabra, salió de la habitación. Diez minutos más tarde reaparecía y con simpática sonrisa dijo al muchacho:

—El profesor está dispuesto a concederle unos minutos. Pero no abuse de su tiempo. Sígame.

Cuando hizo su entrada Roland en el despacho del doctor Mullen se halló frente a un hombre de mediana edad, bajo, casi cuadrado, por la enorme anchura de sus hombros.

Este cuerpo macizo remataba, por contraste, en una cabeza diminuta, redonda, en la que una ganchuda nariz era el rasgo más destacado. Los ojos del profesor, grandes e inexpresivos, aumentados por los gruesos cristales de unas gafas, contribuían a dar a aquel rostro toda la apariencia de un búho.

La voz marcadamente chillona de Muller ponía un desagradable toque final a su extraña figura.

—¿Qué quiere de mí?

—Le ruego me facilite toda la información posible sobre el robo ocurrido en este Instituto.

—¿Con qué derecho me interroga usted?

—No le interrogo, doctor. Solamente le ruego...

—¿Es usted de la Policía?

—No, señor. Soy el hijo del inspector Castairs, del F. B. I., que ha sido asesinado cuando trabajaba en desentrañar el misterio que rodea el robo de los documentos. No creo que le sea difícil hacerse cargo de mi ansiedad por conocerlo todo cuanto se relaciona con este asunto.

—Mire, joven. Lo único que puedo decirle es lo que ya le comuniqué en su debido tiempo a su propio padre. No sé una palabra acerca de quién pueda ser el autor del robo ni sobre la forma en que este se cometió. El adivinarlo es cosa que incumbe a la Policía, no a mí. Y... a usted tampoco. Buenos días.

—Espere, profesor. Aunque solo sea por humanidad, usted tiene el deber de...

—No puede invocar humanidad alguna cuando precisamente me

está interrumpiendo en unos trabajos auténticamente dirigidos al bienestar del ser humano. ¡Usted lo pase bien!

Conteniendo a duras penas su ira, Ronald intentó abandonar el despacho tan bruscamente que fue a chocar contra un hombre que entraba en aquel momento.

El recién llegado vestía la bata blanca de laboratorio y era extraordinariamente alto, de facciones viriles y atractivas.

Murmurando unas excusas, el muchacho fijó por unos segundos su vista en el recién llegado, lo bastante para contemplar la irónica sonrisa con que aquel le miraba.

La puerta se cerró y Castairs se halló nuevamente junto a la agraciada rubia de azules ojos.

—¿No ha ido bien la cosa, verdad, míster Castairs?

—No ha podido ir peor, *miss*...

—Glynn; Mabel Glynn. Secretaria particular del profesor Muller.

—No le envidio el cargo. Puede creerlo.

La muchacha rio, divertida. Luego, repuso:

—El carácter irascible del doctor es como una concha, tras la cual se aísla con objeto de dedicarse enteramente a su trabajo. Hay que tratarlo íntimamente para conocer sus cualidades.

—¿Usted lo conoce bien?

—He trabajado a su lado durante dos años.

La ocasión estaba allí mismo, a su lado. No podía ser más propicia ni de más grata apariencia. Ronald decidió aprovecharla:

—Miss Glynn... ¿tendría usted inconveniente en acompañarme a comer?

—Esta repentina invitación, ¿obedece a su interés informativo o al gusto de llevarme a su lado?

—Sinceramente, *miss* Glynn, obedece a los dos motivos. Aunque puede creerme, el segundo de ellos me causa extraordinario placer.

Horas más tarde se hallaban ambos sentados en la fresca terraza de un albergue para automovilistas, junto a la carretera.

—¿Tiene usted conocimiento del robo, *miss* Glynn?

—El profesor Muller no tiene secretos para mí. Pero... llámeme Mabel.

—Pues bien, Mabel, ¿podría decirme quiénes tenían acceso a la fórmula robada, además del doctor?

—Nadie más. Diversos profesores del Instituto trabajaban en esta investigación, pero lo hacían de forma aislada. El solo era el que poseía medios para reunir los resultados parciales en la fórmula o fórmulas definitivas. Ni siquiera su ayudante, el profesor Robert Gray, conocía los resultados obtenidos...

—¿Entonces?

—El producto de los diversos estudios, junto con la fórmula definitiva, formaba un expediente que el profesor Muller guardaba en su caja fuerte. Únicamente él posee la combinación que puede abrirla.

—¿Forzaron los ladrones la caja?

—En absoluto. Y eso es lo que resulta más extraño. Todo lo que ahora le estoy contando se lo expliqué a su padre. Estuvo varias veces en los laboratorios y sometió a interrogatorio a diversas personas del Instituto. Yo fui una de ellas. Últimamente dejó de acudir por allí. No tenía la menor noticia de su trágica muerte. Crea usted que lo siento de verdad...

—Gracias, Mabel. Por lo que me dice, el caso parece difícil. ¡Por favor, cuénteme algo sobre el ayudante de Muller! ¿Era, por casualidad, Robert Gray el hombre con el que topé al salir del despacho del profesor?

—Sí, era él. Pero deje usted de albergar ideas absurdas. El doctor Gray lleva muchos años en la profesión, es persona de intachable conducta y fue expresamente elegido para este cargo por su competencia y moralidad.

—Entonces, no nos queda más que el propio profesor Muller...

—Comprenderá, Ronald, que no hubiera sido designado para tan importante cometido si no gozara de la absoluta confianza de los organismos oficiales.

—Sin embargo, su nombre es de acusado origen germánico.

—Pero el profesor Ernst Muller es ciudadano americano. Así que ya no le queda más que sospechar de mí...

Y, al decir esto, su cara sonreía picarescamente. Ronald, atraído por la contagiosa simpatía de la muchacha, dejó a un lado el interrogatorio para disfrutar plenamente de tan grata compañía.

La tarde junto a Mabel resultó maravillosa. Y sirvió de magnífico sedante para los excitados nervios del joven Castairs.

Sin embargo, cuando finalmente la dejó frente a la puerta del departamento que ella ocupaba en Broome Street, el sentido de la misión que se había impuesto se sobrepuso a cualquier otro tipo de ideas más agradables.

Enfiló con su coche la enorme masa gris del puente Hellgate, rumbo a las afueras. Su pensamiento permanecía fijo ahora en unas señas obtenidas en su charla con Mabel Glynn: las del chalet que ocupaba el profesor Muller. Consultó su reloj. Eran las siete de la tarde. Había que esperar a que el sol estival se ocultase.

Paró el coche ante un bar del extrarradio y pidió al negro que

servía el mostrador un «Bourbon» con soda y mucho hielo. Mientras apuraba lentamente la bebida meditó su plan de acción.

El paso que intentaba dar era sumamente arriesgado: registrar el domicilio del desagradable profesor. Por Mabel se había previamente informado de las costumbres de aquel.

Cuando Ronald consideró llegado el momento volvió a su automóvil. Poco después entraba en el barrio residencial donde habitaba Muller.

El chalet del profesor formaba parte de una serie de edificios similares. Constaba de dos plantas y no se veía en aquel momento luz alguna en sus ventanas. Dejó su vehículo aparcado en una transversal próxima y se encaminó lentamente hacia la casa.

Al llegar a ella comenzó a bordear su contorno hasta llegar a la parte posterior del edificio. Allí, una ventana, no demasiado alta, parecía invitar al escaló. Ronald miró en rededor. El lugar parecía totalmente desierto.

«El fin justifica los medios», se dijo.

Y encaramándose ágilmente llegó a la ventana. Un fuerte codazo fue el procedimiento utilizado para abrirse paso. El silencio de la noche se vio turbado durante unos segundos por el ruido de los cristales rotos en mil pedazos.

Accionando por la parte interior pronto quedó el camino expedito. El muchacho saltó dentro de la habitación y se mantuvo durante unos momentos a la escucha. Pero nada parecía haber alterado la quietud del lugar.

Ronald emprendió a tientas la marcha por la habitación. Solo entonces comenzó a darse cuenta de las dificultades de la aventura en que se había metido. En primer lugar carecía del elemento indispensable para aquella exploración; una linterna eléctrica.

En segundo lugar —y esto era lo más importante— ni él mismo sabía en aquel momento lo que esperaba encontrar, ni dónde hallarlo. Por un momento estuvo a punto de abandonar la empresa. Pero la tozudez del muchacho se sobrepuso a sus vacilaciones.

Al fugaz destello de una cerilla, cuya llama ocultó rápidamente en el hueco de la mano, vio que se hallaba en la cocina del chalet. Valiéndose de su improvisada linterna salió a un pasillo.

De la misma forma, y a base de una alarmante disminución de su provisión de fósforos, pudo recorrer toda la planta baja del edificio sin que encontrase nada digno de atención.

Si había algo de interés debería hallarse lógicamente en el piso de arriba, en las habitaciones particulares de Muller.

La madera de los peldaños crujió ostensiblemente al ascender

Ronald por ellos. Eligió para comenzar su registro la primera habitación que halló en el rellano de la planta superior. Abrió suavemente la puerta y, tras cruzarla, la cerró tras sí.

En aquel mismo instante se vio obligado a arrojar el fósforo que le quemaba los dedos. Buscó otro, pero el estuche se hallaba vacío. No tenía más recursos que encender la luz de la habitación y cerrar inmediatamente la ventana.

Su brazo se alargó a tientas en la profunda oscuridad reinante, buscando el muro. Era difícil adivinar el lugar exacto que ocupaba el interruptor. Lentamente fue palpando la pared. De pronto, sus dedos encontraron un obstáculo...

Un escalofrío de terror recorrió el cuerpo de Ronald. Aunque el contacto había sido instantáneo, fue lo bastante para percibir que aquello que habían rozado sus dedos era el rostro de un ser humano.

El muchacho intentó saltar hacia atrás, pero ya era tarde. Unos brazos poderosos se ciñeron en torno a su cuerpo y comenzó una lucha desesperada en la oscuridad de la habitación.

Ronald, recobrado de su sorpresa, se lanzó a ella con todo el vigor de sus nervios de acero. La apariencia física del muchacho no revelaba la fuerza de aquellos brazos, que hasta ahora solo habían manejado los pinceles. Pero su contrincante era un verdadero atleta.

En un esfuerzo desesperado logró el joven desasirse de aquella presión mortal y pegó ante él con toda su fuerza. El impacto casi le destrozó la mano, pero le permitió unos segundos de respiro. Quiso aprovechar para sacar su pistola, pero no le dio tiempo.

Sintió de pronto en su mandíbula una especie de coz y el terrible golpe lo lanzó hacia atrás con velocidad alarmante. Algo se interpuso en su violento retroceso y el cuerpo del muchacho perdió el equilibrio, yendo a chocar su nuca contra el saliente de un mueble.

El cerebro pareció estallarle y Ronald Castairs quedó sumido en la inconsciencia.

U

Un intenso dolor en la cabeza fue la primera impresión que sufrió el muchacho al volver del territorio de los sueños. La intensidad del sufrimiento le obligó a cerrar nuevamente los ojos.

Lentamente aquel dolor se fue haciendo más llevadero y esto permitió a Ronald coordinar sus ideas. Al escalofriante recuerdo de la lucha sostenida se unió ahora el afán de saber dónde se hallaba en aquel momento.

Una mirada a su alrededor le bastó para hacerse cargo de qué su cuerpo, sin ligadura alguna, yacía en el mullido asiento posterior de un coche que marchaba a gran velocidad por la carretera.

Frente a Castairs, en el asiento delantero del coche, un hombre, tocado con un flexible de color gris, conducía sin parecer preocuparse de cuanto le rodeaba.

Lógicamente, aquel individuo debía ser su atacante de la casa de Muller, quizá el mismo profesor. Por la mente del joven pasó, rápida y desagradable, la visión del final que le aguardaba.

Conocía perfectamente la finalidad de aquellos «paseos» en automóvil por las afueras de Nueva York. Había que salir del vehículo rápidamente y por cualquier medio. Con el mayor sigilo fue inclinándose hacia la portezuela.

Su mano derecha iba sensiblemente acercándose al manillar. En el mismo instante en que se preparaba a abrir la puerta y dar el salto, la voz del conductor frenó de raíz su desesperado impulso.

—¡Deja de cometer ya más tonterías, Ronald!

El chófer frenó con suavidad y volvió la cabeza. Castairs se encontró frente al rostro sonriente del inspector Walker.

Cuando, pasada la primera sorpresa, el muchacho recobró el uso de la palabra, exclamó:

—¡Me ha dado usted un susto de muerte!

—No menor al que me diste tú en el chalet del profesor, amiguito...

—¿Sabe que se gasta usted unas maneras bastante descorteses, inspector?

—Lo mismo puedo yo decir sobre tus cariñosas caricias, Ronald. ¡Parece mentira que el delicado «Peach» tenga un genio tan vivo! Si no llega a ser por la mesa providencial que se interpuso en tu camino y te dejó K. O., Dios sabe en qué forma hubiese terminado todo aquello.

Un rápido cambio de impresiones dejó las cosas en su punto. Ambos habían tenido la misma idea de registrar la casa de Muller, aunque el inspector del F. B. I. se anticipó a Ronald.

Cuando, terminada su tarea, se disponía a abandonar la casa fue sorprendido por la inesperada aparición del muchacho.

—Por cierto, jovencito. Podría detenerte por allanamiento de morada.

—No creo que usted entrase en la casa llamando al timbre, inspector Walker.

—Por lo menos lo hice sin que aquello pareciera la conmemoración del «Día de la Victoria». Todas las charangas de Nueva York juntas no hubieran producido el estrépito que armaste tú al entrar en la casa.

—¿Encontró algo en ella inspector?

—Nada en absoluto. Con esto te he evitado la faena.

—Y, sin embargo, yo sigo sospechando de Muller por encima de todo.

—¡Hay muchos sospechosos en este desagradable caso, Ronald! ¡Deja esto, muchacho! Por última vez te lo digo: estás jugando con fuego. Piensa en el final tan distinto que pudiera haber tenido tu atolondrada aventura, si llega a ser el asesino quien esperaba en aquella habitación...

—¡Walker, por favor! Dígame si ha descubierto algo.

—Confía en mí y no me hagas más preguntas. Piensa en que tengo tanto interés como tú en castigar el crimen de tu padre y que cuento con medios y una experiencia que tú no tienes. Deja el asunto en mis manos. Quizá no tarde mucho en dártelo resuelto.

Ronald Castairs no contestó nada a la advertencia del inspector Walker. Este último puso el coche en marcha y media hora más tarde dejaba al joven a la puerta de su domicilio.

—¿Quieres que te acompañe hasta el piso o te encuentras ya repuesto del golpe?

—No necesito ayuda alguna. Gracias, y buenas noches.

Ronald subió lentamente a su departamento, absorto en los recuerdos de aquel día tan movido. Introdujo el llavín en la cerradura y notó algo extraño al intentar darle vuelta. Un somero examen le permitió comprobar que se había forzado el mecanismo.

¡Alguien había entrado en su habitación!

Pero esta vez no iba a dejarse sorprender tontamente. Empuñó con firmeza su pistola y, de una patada, abrió la puerta de par en par. Con la mano izquierda dio vuelta a la llave de la luz.

El vestíbulo del piso quedó intensamente iluminado. Allí no había nadie. Con las máximas precauciones fue recorriendo los diversos departamentos. Solo quedaba por explorar la alcoba que perteneció en vida a su padre.

Otro fuerte empujón y la puerta del cuarto crujió sonoramente al girar sobre sus goznes. El chorro de luz que penetró desde la habitación contigua reveló la presencia de algo sobre el lecho. Con los ojos anhelantes y con la automática dirigida hacia aquel objeto, Ronald avanzó unos pasos.

Lo que había allí era una corona de flores naturales. Del fúnebre hallazgo pendían unas negras cintas, sobre las que podía leerse en letras doradas la siguiente inscripción:

«Al inspector James S. Castairs. Sus asesinos».

Ronald cayó de bruces sobre el lecho y, por vez primera en las treinta y seis horas transcurridas desde el hallazgo del cadáver de su padre, estalló en sollozos.

Pero no era el dolor lo que conmovía su ser en aquellos momentos, sino la rabia infinita, la desesperación de comprobar su impotencia en aquella lucha entablada con tan despiadados adversarios.

* * *

Eh las primeras horas de la mañana siguiente, John Walker hacía su entrada en el Instituto de Investigación Nuclear de Richmond. El inspector iba solo.

Los trámites necesarios para entrevistarse con el profesor Muller quedaron fácilmente abreviados al acreditar el Jefe de la División del F. B. I. su personalidad.

El sabio investigador recibió a su visitante con un breve y seco saludo. Después dijo:

—Bien. Aquí me tiene. Está visto que entre unos y otros se han propuesto no dejarme trabajar.

—Comprenderá, doctor, que el motivo de mi visita tuvo su origen en este mismo despacho. Si a usted no le hubieran robado los documentos, yo no hubiese tenido que molestarle nunca con mi presencia.

—Es que la molestia ya va pasando de los límites normales. Primero, aquel otro inspector que no me dejaba en paz ni un

momento. Por si era poco, ayer se me presentó su hijo: un mozalbate insolente, con la pretensión de interrogarme; ahora, usted... ¿Cuándo va a acabar esto?

—Cuando el asunto quede totalmente resuelto. Cosa que no depende exclusivamente de mí, sino de la colaboración que pueda hallar en cuantos juegan un papel en este desagradable incidente.

—Yo no tengo nada que ver con ello. Sería mejor que usted, y todo el resto de los polizontes, cumpliesen con su deber, deteniendo a los ladrones y no molestando a las personas decentes. ¡Así está todo! ¿Sabe usted que anoche intentaron robar en mi domicilio?

—¡...!

—¡Claro! ¡Eso no interesa al superdotado servicio del F. B. I.! ¡Un simple asalto a la casa de un ciudadano! Pero, en cambio, lo que sí les parece correcto es atosigar a ese mismo contribuyente con interrogatorios absurdos...

—¿Y... echó de menos algo?

—No sé. Parece que no se llevaron nada. Pero el asaltante no se anduvo con contemplaciones. Primero rompió un cristal de la ventana de la cocina. Luego, ya en mi gabinete de trabajo todo parecía volcado: las sillas, las mesas, una lámpara; revuelto todo, como si un loco hubiese andado suelto por la habitación.

—¿Guardaba usted algo de interés?

—¿Qué quiere usted que guardase? ¡Nada en absoluto!

Hubo una pausa. El inspector Walker quedó por unos momentos mirando fijamente a su interlocutor.

Luego, con ademanes rápidos y precisos, abrió una cartera de cuero que había traído consigo y que durante toda la entrevista había reposado sobre sus rodillas; sacó de su interior un fajo de papeles y, colocándolos sobre la mesa de despacho, dijo tranquilamente:

—Aquí tiene usted las fórmulas robadas. Estaban precisamente ocultas en su gabinete, doctor Muller.

La cara de búho del profesor cambió el gesto adusto que había mantenido durante toda la charla para tomar otro de auténtica estupefacción.

Los ojos, redondos y enormes, parecieron aumentar de volumen, mientras que su desagradable boca se abría casi un palmo a impulso de una no disimulada sorpresa. Esto duró cerca de un minuto. Cuando Muller se recobró algo logró balbucir unas palabras:

—Pero... ¿qué está diciendo?

—Sencillamente que estos documentos los hallé anoche

escondidos en su domicilio. Y son, sin duda alguna, los que desaparecieron de esa caja fuerte que se encuentra tras de usted en este momento.

—¡Eso es absurdo! ¡Una colosal mentira! Usted lo que se propone es complicarme en este cochino asunto y yo no tengo nada que ver con ello. ¡Soy inocente! ¡Se entera! ¡Soy inocente!

En aquel momento el profesor parecía un loco. Puesto en pie, accionaba frenéticamente los brazos, mientras que de su boca las palabras salían a borbotones.

Walker, sin alterarse lo más mínimo, esperó a que pasara la tormenta. Luego, cuando consideró conveniente proseguir, repuso:

—Cálmese, doctor. Yo he dicho simplemente que encontré estos papeles en su casa. Nunca, sin embargo, afirmé que usted los hubiera sustraído. ¿Me permite que me explique?

Jadeante aún, pero mirando esta vez al miembro del F. B. I. con ojos muy distintos, en los que no se ocultaba un destello de involuntario respeto, Muller asintió con una inclinación de cabeza.

—Vayamos por partes, doctor. Quiero dejarlas cosas en su verdadero lugar. Escúcheme con atención, pues con su ayuda espero dejar este caso definitivamente resuelto. En primer lugar vamos a repasar las circunstancias que rodearon al robo. Según tengo entendido, los trabajos de investigación los realizaban varias personas y usted era quien daba el toque definitivo pulsando los diversos resultados parciales.

—Así era, efectivamente.

—Luego... ¿solo usted conocía el valor efectivo de los descubrimientos realizados?

—Sí.

—En ese caso, el pensar que usted se llevara unos documentos que podría reproducir cuando quisiera por su cuenta resultaba tan extraño como absurdo. Lo anómalo del caso me hizo meditar bastante desde los primeros momentos. Podría darse el caso, sin embargo, de que el robo se hubiera realizado con otras miras, aún no siendo necesario para usted...

—¡No entiendo!

—Pues es sencillo. Si esa fórmula llegaba a poder de otro país pronto se haría público el descubrimiento. El Gobierno de Washington creería que usted había dado cuenta de sus investigaciones. Por eso fingió un robo para cubrirse.

—¡Eso que dice es una solemne tontería! ¿No comprende usted que en cualquier momento puede una cualquiera de las naciones que realizan la misma labor de investigación sobre el «torio»

obtener el éxito, anticiparse a nuestros trabajos, sin necesidad de recibir datos de forma fraudulenta...?

—Ese razonamiento también me lo hice yo a su debido tiempo. Por ello mis sospechas se alejaban cada vez más de usted. De todas formas quise atar todos los cabos y he de confesarle que anoche registré su domicilio. El resultado fue el hallazgo de estos papeles. Puede creer que ello, en lugar de acrecentar mis sospechas, las alejó por completo.

—¿Entonces...? —el profesor volvió a mostrarse iracundo—. ¿Usted fue, amigo mío, el autor de todos los desaguisados que sufrieron mis muebles?

—No, profesor. Puedo asegurárselo —aquí Walker se sonrojó imperceptiblemente ante su mentira en honor de Ronald Castairs—. Los que cometieron el estropicio fueron seguramente los que dejaron las fórmulas con objeto de comprometerle. Tropezarían en la oscuridad y...

—Es muy extraño, pero hemos de admitirlo así. Bien, y ahora... ¿quiénes cree usted que han podido ser el ladrón o los ladrones?

—Un lógico razonamiento podrá darnos adecuada respuesta a su interrogante.

—Explíqueme.

—Quedamos en que hubiera sido totalmente necio que usted robase una cosa que se sabía de memoria. Pero otros no estaban en su caso...

En aquel preciso momento John Walker cortó repentinamente su explicación. Durante unos segundos quedó atento, escuchando... Luego, sigilosamente, avanzó hacia una de las puertas laterales del despacho y, una vez frente a ella, la abrió bruscamente. No había nadie. El profesor Muller, que permanecía atónito contemplando los extraños manejos de su interlocutor, exclamó:

—Pero... ¿qué hace usted, hombre de Dios?

—Hubiera jurado que he visto girar el pomo, de esta puerta hace unos instantes. Por cierto, ¿adónde comunica?

—Con los laboratorios, pero...

—Bien, dejémoslo. Puede haber sido una ilusión mía.

Y volviendo a su butaca, continuó diciendo:

—Quedábamos en que otras personas, que no conocían la fórmula definitiva, deseaban hacerse con ella con fines no muy lícitos. La forma en que se cometió el robo, sin violencia de la caja de caudales, hace suponer que el ladrón o los ladrones forman parte del personal de este laboratorio...

—Y volvemos al absurdo. Pues muy tonto había de ser el autor

del robo al obrar así. Lógicamente habrían de recaer las sospechas sobre gente de la casa.

—Efectivamente, profesor. Y eso me hace pensar en la única probabilidad. Un momento... ¿me quiere decir si consultaba usted esos documentos diariamente?

—No. Era un caso ya resuelto. Guardaba las fórmulas en la caja fuerte, en espera de hacer una demostración ante los organismos oficiales.

—Entonces... ¿cómo notó su falta?

—Porque aquel mismo día se presentó en mi despacho el director de este Instituto, con objeto de fijar la fecha de la demostración, y yo quise enseñarle los documentos. Cuando intenté retirarlos del arca noté que habían desaparecido.

—Esto que acaba de decirme, profesor, ¿se lo explicó también a mi antecesor, el inspector James Castairs?

—Pues, creo que sí...

—Entonces, querido doctor, Castairs llegó, como acabo de llegar yo, a una conclusión cierta. Y esta conclusión le costó la vida: el ladrón no se apoderó de las fórmulas originales para venderlas a otra nación. Era mucho más sencillo copiarlas y luego restituirlas. Desgraciadamente para él, confió en que iba a tener tiempo de devolverlas sin que fueran echadas de menos. La inesperada visita del director del Instituto hizo que sus planes se vinieran abajo. Se encontró con las malditas fórmulas en su poder y sin saber qué hacer con ellas. Debíó de vivir unos momentos de terrible ansiedad, esperando que la verdad llegase a nuestras mentes tras un lógico razonamiento, tal como ha ocurrido. Después, en un inútil y casi ingenuo intento, colocó los documentos en su casa, con objeto de distraer las sospechas aunque fuese momentáneamente...

—¿Y...?

—Y creo que hemos llegado al final del asunto. Esta vez va a depender de dos preguntas tan solo. ¿Tiene usted la caja cerrada en todo momento durante el tiempo que trabaja en este despacho?

—Hombre... algunas veces necesito utilizar ciertos papeles que guardo en ella. Es muy posible que quede abierta unos minutos. Pero siempre estando yo aquí, en el despacho.

—Lo que no quita para que la caja fuerte esté a espaldas de su mesa de trabajo y que el hurto y la restitución fueran relativamente fáciles para alguien que pudiera moverse con libertad en este cuarto sin despertar sospechas. Y, esta es la segunda pregunta: ¿Quién goza de tal privilegio entre todo el personal del laboratorio?

—Claro que... ¡pero parece imposible! Desde luego, el que está

constantemente conmigo es el profesor Robert Gray, mi ayudante...

—¿Querría usted tener la amabilidad de hacerle venir?

—Si usted lo desea... ¡Pero esto es ridículo! Gray es un hombre...

—¡Por favor, profesor! ¡Llámele!

En contestación a la llamada de Muller se abrió casi al instante la prueba que comunicaba con la antesala, apareciendo en el umbral Mabel Glynn.

—¿Llamaba, profesor?

—Sí. Dígle a Gray que venga a este despacho.

Transcurrieron unos minutos de espera sin que ninguno de los dos ocupantes de la habitación dijera la menor palabra. Finalmente volvió a aparecer la rubia secretaria, para explicar:

—Me ha sido imposible localizar al profesor Gray. Según me informan, parece ser que se ausentó del laboratorio rápidamente hace unos minutos...

Casi sin dar tiempo a que terminara de hablar la joven, el inspector Walker se abalanzó al teléfono y marcó el número de su despacho oficial:

—¡Pronto! Comuniquen al agente que vigila la casa del doctor Gray que lo detenga inmediatamente. En este momento debe de ir hacia su domicilio...

A

las doce del mediodía la sala del «Cagliostro» se hallaba totalmente desierta. Sus mesas, desnudas de manteles; sus sillas, apiladas unas sobre otras, tal como las dejaron los encargados de la limpieza al terminar la sesión de la noche anterior; sus divanes, de roja pana, con las huellas aún de las muchas parejas que en ellos buscaron asiento; la tarima de la orquesta, en triste soledad, vacía de instrumentos y de luces.

Todo el local, en suma, permanecía en el más apacible de los sueños, descansando del pasado bullicio, al igual que sus colegas: los innumerables clubs nocturnos de la ciudad de Nueva York.

Este silencio no acostumbraba a romperse hasta el mismo momento en que la populosa urbe quedaba otra vez envuelta en la desenfrenada orgía multicolor de sus millones de lámparas fluorescentes, heraldos habituales del comienzo de una nueva noche en Broadway.

Sin embargo, esta vez, el «Cagliostro» vio su tranquilidad turbada repentinamente por una serie de agudos timbrazos, que se repitieron con nerviosa insistencia.

Pasaron unos minutos sin que nadie en el interior del recinto diese señales de vida. Finalmente, y desembocando de un sombrío corredor, un hombre en mangas de camisa cruzó la sala en dirección a la puerta de la calle.

Segundos más tarde reaparecía en unión del que con tantos bríos había hecho sonar el timbre. El primero de ellos recorrió a medias la cortina de una de las ventanas, permitiendo que una suave claridad penetrara en el local.

—¿Qué tripa se te ha roto para visitarnos a estas horas de la madrugada, Gray?

—Son las doce, Joe. Es decir, una hora más que normal para que la gente se halle despierta. Además, sea la hora que fuere, yo necesito hablar con Bill urgentemente.

—El patrón duerme, hermano. Y no le hará mucha gracia que le tiren de la cama...

—Sin embargo, tienes que avisarlo. No puedo esperar.

El llamado Joe dirigió una fría mirada al visitante, como queriendo desentrañar la razón de aquellas prisas.

La cara brutal de aquel hombre, su aplastada nariz, el fornido aunque desmadejado corpachón, todo contribuía a hacer particularmente repelente su figura.

Por último, y sin añadir una palabra, dio media vuelta en dirección al oscuro pasillo que se abría al fondo de la habitación. Se movía con felina elasticidad, evidenciando que aquella engañosa mole de carne podría, si llegara el caso, entrar en acción con la rapidez del rayo.

Robert Gray al quedarse solo tomó asiento en uno de los divanes. Sin embargo, sus nervios le obligaron pronto a levantarse y recorrer a grandes zancadas el salón. Transcurrió así una media hora que le pareció un siglo al impaciente visitante. Por último, hizo su entrada un nuevo personaje.

El recién llegado vestía una llamativa bata de casa por la que asomaba el cuello abierto de una camisa de seda. Sus negros cabellos, muy estirados hacia atrás y rebosantes de brillantina, servían de remate a un ancho rostro, de tez aceitunada, en el que lucía un recortado bigotillo. La molicie y los placeres parecían haber recargado con exceso de grasas su cuerpo, en otro tiempo seguramente ágil y esbelto.

—¿Qué me quieres, Gray?

—Necesito que me ocultes. Tengo a toda la Policía del Estado detrás de mí.

—¿Se descubrió por fin el apaño?

—Forzosamente tenía que ocurrir. La muerte del inspector Castairs no ha servido de nada. Si acaso para empeorar el asunto. Ahora la jauría que nos persigue morderá con más rabia. El mismo jefe del F. B. I. dirige esta vez la caza.

—¡De modo que tenemos al imponderable John Walker en danza! ¿Y, no podríamos cortar sus aficiones cinegéticas con una simple píldora, expulsada cariñosamente por el bruñido cañón de una «Smith & Wesson»?

—¡Dejemos las agresiones para otro momento más oportuno, Bill! Lo que interesa ahora es liquidar cuanto antes el asunto de las fórmulas. ¿Cuándo llega el «Holandés»?

—Esta noche estará aquí. Trae el dinero consigo.

—Bien. Además de ocultarme necesito que me hagas otro favor.

—¿Más todavía, marqués? El señorito, por lo visto, sé ha despertado hoy con ganas de mimo...

—¡Acaba con tus estúpidos sarcasmos y habla en serio, Bill! La cosa se ha puesto endiabladamente difícil. Tengo en mi casa las copias de los documentos y no puedo aparecer por allí a recogerlas, pues sería inmediatamente detenido.

La ironía que venía asomando al rostro de Bill Crane, propietario del «Cagliostro», se cambió en un gesto de ira incontenible.

—¡Una nueva torpeza! ¿Sabes que me estoy ya cansando de tus tonterías, Gray?

—¡No iba a llevar conmigo los documentos! Además, no creí que el asunto se descubriese tan pronto. Gracias a que me dio tiempo de salir del laboratorio. El truco de colocar las fórmulas originales en el chalet de Muller no ha dado resultado.

—¿Qué te sale a ti bien, imbécil? Primero estropeas un asunto fácil y que jamás hubiera transcendido, por no saber hallar el momento de reintegrar las fórmulas a la caja fuerte. Y, ahora, precisamente cuando va a llegar el «Holandés» con la pasta, me sales con que no guardas en tu poder las copias... A estas horas, lo más seguro es que la «poli» se haya hecho con ellas al registrar tus habitaciones.

—No, Bill. No pueden haberlas encontrado, pues no están en mi departamento.

—¿Dónde están entonces, estúpido?

—En el piso que linda con el mío. En el domicilio de unos viejos amigos, un matrimonio que conocí cuando todavía era yo persona decente.

—De poco te va a servir haber dejado de serlo. Pero, allá tú. Lo que no puedo consentir es que me hayas hecho perder a mí los beneficios de un plan cuidadosamente preparado. Hoy viene el «Holandés» y hoy tienen que estar aquí las copias de esas fórmulas.

—No seré yo quien vaya a buscarlas. Eso, si quieres que se realice sin tropiezos, corre de tu cuenta. Yo no puedo arriesgarme a ser sorprendido.

—Te estaría bien empleado, por idiota.

—No te alegrarías tú con ello, Bill. Piensa que si me pescasen me obligarían a hablar...

—¡Ahora es cuando estás hablando de más, Gray! ¡No insinúes amenazas...! ¡Te lo aconsejo cariñosamente!

—Estamos los dos algo nerviosos, Crane. Olvidemos estas tonterías y vamos a lo positivo. Forzosamente hemos de recuperar esos papeles. La cosa no es tan difícil. Siempre que no sea yo quien aparezca por la casa. Pero otra persona puede hacerlo sin despertar

sospechas, ya que no necesita entrar para nada en mi piso... Joe, por ejemplo.

—¿Dónde están escondidos?

—En el departamento del matrimonio Warple, como ya te dije antes. Cuando, se encomendó el descubrimiento de robo al inspector Castairs pensé ya en la probabilidad de que mi casa fuera registrada. Por ello, usando de la confianza que todavía me une a mis vecinos, aproveché la oportunidad de hallarme solo durante una de mis visitas para guardar los documentos en uno de los arriates de su terraza.

—¿Y tú crees que se hallan allí en seguridad?

—¡Por qué no! Están dentro de una caja de metal, bien escondidos en la tierra del macetero. La humedad no puede llegar hasta los papeles.

—Puede que la humedad no les alcance, pero lo que me consta es que Joe no podrá llegar hasta ellos tampoco. ¿Te figuras que es muy fácil entrar en una casa particular, pedir permiso para quedarse solo en la terraza y, luego, disponer del tiempo necesario para ir sacando toda la tierra del arriate hasta dar con la caja?

—Yo creía, Bill, que el hecho de haber conseguido la posición que ocupas: ser el dueño del «Cagliostro», una auténtica mina, y ostentar la jefatura de una banda de muchachos dispuestos a todo, hacía suponer que sobre tu cuerpo existía un cerebro, no una bola de grasa...

—¡Planéalo tú entonces... genio!

—Simplemente, sí es Joe el encargado de la faena podía muy bien fingirse cualquier cosa que no despertara sospechas: encargado de la limpieza de los cristales o... ¡Espera, ya está! En todas las terrazas del edificio existen toldos de lona. Joe puede decir que va a revisar su estado de conservación. De esa forma tendría fácil entrada al piso y ocasión de aprovechar cualquier oportunidad durante su supuesto trabajo en la terraza.

—Pongamos que la cosa se realiza tan fácilmente cómo piensas, Gray. Y que recuperamos los documentos. Pero... ¿Has pensado que todo esto cambia por completo nuestro contrato?

—¿En qué sentido?

—Sencillamente, que el reparto de los cien mil dólares que pensamos recibir del «Holandés» por esas copias va a ser muy diferente de lo acordado. Uno de mis muchachos va a correr un riesgo que puede repercutir en mi persona y en mi negocio. Y todo ello por la torpeza de no haber sabido devolver a la caja las fórmulas originales. Te va a costar cara la ayuda, Gray.

—¡Eres un miserable!

—Contente, hermano. Y mide cuidadosamente tus palabras. No me gustan los gallitos. Si quieres que el asunto siga adelante he de recibir setenta y cinco mil «pavos». Después de todo yo, fui quien te puse en contacto con el «Holandés». Sin su mediación dudo mucho que tú hubieras podido negociar directamente la venta de los documentos. Él es un experto en estos asuntos y está en contacto con los agentes de un país al que interesan particularmente las fórmulas...

—¡Intentas explotarme de una forma canallesca!

—No te esfuerces, Gray. ¿Lo quieres así o no hay nada de lo dicho? ¿Veinticinco «papiros» de los grandes o nada? Elige.

Robert Gray, conteniéndose a duras penas, comprendió que estaba en manos del «gangster». No había opción. Pasados unos segundos terminó por contestar:

—Bien. Llama a Joe. Le explicaré detenidamente el lugar exacto dónde está escondida la caja.

Bill Crane hizo sonar el timbre en espera de que acudiese su secuaz. Mientras tanto quedó contemplando al irritado profesor con una sonrisa de irónico desprecio.

* * *

La luz del nuevo día, el mismo en que el inspector Walker se había entrevistado con Ernst Muller en el Instituto de Investigación Nuclear de Richmond y Robert Gray buscó refugio en el «Cagliostro», fue como una vivificante inyección de optimismo para los ánimos de Ronald Castairs.

El decaimiento que le produjo su estúpida aventura en el chalet del profesor y la macabra burla de los asesinos de su padre desapareció con la mañana, luminosa y alegre, invitándole a proseguir en sus esfuerzos.

Su primer impulso fue llamar por teléfono al jefe del F. B. I. Desde la División le comunicaron que el inspector se hallaba fuera de su despacho.

Titubeó unos segundos y decidió finalmente dirigirse al Instituto de Richmond.

En realidad Ronald no contaba con ningún otro punto hacia donde encaminar sus investigaciones. También, y aunque el muchacho no lo confesase, influía bastante en su decisión el grato recuerdo de la bonita secretaria de Muller.

Cuando llegó a los laboratorios y penetró en el antedespacho del profesor, fue ella precisamente la primera persona que halló a su

paso. Mabel Glynn parecía preocupada.

—Ha estado aquí esta mañana el inspector Walker. Hace unos minutos que volvió a salir precipitadamente.

—¿Habló con el profesor Muller?

—Sí. Estuvieron encerrados durante mucho tiempo. Luego, el profesor me encargó que avisase al doctor Gray, pero este había abandonado el Instituto momentos antes. Su salida puso frenético al jefe del F. B. I. Se colgó del teléfono y ordenó a sus hombres que detuvieran a Gray en cuanto lo localizasen.

—¿Y Muller?

—Está absolutamente inaguantable desde que se marchó el inspector. Se encerró en su despacho y ha dado órdenes de que nadie le moleste. No me ha facilitado la menor explicación de lo ocurrido.

—Gracias por todo, Mabel. Sus informes son valiosísimos para mí y me obligan a entrar rápidamente en acción. La llamaré por teléfono más tarde.

—¿Con qué objeto?

—Con el de ponernos de acuerdo para salir juntos otra vez. Claro está, a menos que no tenga usted inconveniente...

En dos saltos Ronald Castairs alcanzó el final de la amplia escalinata de mármol que daba acceso al Instituto. Otro rápido impulso le llevó hasta su coche y, poco más tarde, se detenía ante el edificio del F. B. I.

John Walker tardó esta vez en recibirle. Cuando él joven consiguió penetrar en su despacho se hallaba el inspector colgado del aparato telefónico.

Unos momentos de escucha a los que sucedieron otros de órdenes enérgicas dirigidas a los agentes que se hallaban al otro extremo de la línea. Finalmente, se ocupó de su visitante.

—Hay novedades, Ronald.

—Creo conocerlas ya, inspector. Por lo menos en parte.

Y ante el gesto interrogativo de Walker, el muchacho explicó su reciente visita al Instituto y los informes adquiridos gracias a Mabel Glynn.

—Bien. Completaré la información diciéndote que Gray no se ha dejado ver todavía por su domicilio. No sabemos si está al tanto de que se le busca aunque su extraña salida del laboratorio hace suponer que sí. Todo induce a creer que es el autor del robo.

—¿Le considera usted también culpable del asesinato de mi padre?

—Es prematuro aventurar teorías. De verse obligado a matar,

quizá sí. Sobre todo al darse cuenta de que estaba acorralado. Sin embargo, la forma en que murió el inspector Castairs me hace dudar. Ese ensañamiento, esa crueldad poco frecuente, no parecen propias de un hombre que, aunque ahora pueda ser un criminal, se ha movido siempre en un medio culto, entre personas normales...

—Está bien, Walker. Yo me voy.

—¿Se puede saber que «genial» idea acaban de proporcionarte tus excepcionales dotes detectivescas?

—Un plan bien simple: buscar a Gray.

—Más de cincuenta hombres están haciendo lo mismo y, hasta ahora, sin resultado alguno. Es gente experta y sabe lo que tiene entre manos. El agente que tengo ante su casa es uno de los mejores...

—Perfectamente; seremos dos a vigilar el domicilio de Gray.

—Y mi agente, de paso te vigilará a ti. De esta forma, por lo menos, me queda la esperanza de que no cometerás tonterías como la de anoche...

D

ONALD Castairs encendió el último cigarrillo que quedaba en el paquete. La vigilancia que se había impuesto estaba resultándole de una monotonía irritante.

Eran ya las cinco de la tarde y en el transcurso de las tres horas que llevaba de centinela frente al edificio donde habitaba Gray, había sentido en varias ocasiones el impulso de desistir de su, hasta entonces, inútil empeño. Parecía, sin embargo, que un sexto sentido le obligaba a permanecer allí, vigilante...

Desde que se apostó en la acera ante la puerta objeto de su atención, había intentado localizar al agente del F. B. I. anunciado por el inspector Walker. Pero sus esfuerzos resultaron completamente inútiles y eso que la calle era particularmente solitaria y el sol, todavía bastante lejos de su ocaso, llegaba con sus rayos hasta los más apartados rincones de la avenida.

Salvo él, los únicos seres que hicieron acto de presencia durante todo aquel tiempo era simplemente gente de paso, que marchaba deprisa. Ni un vendedor ambulante, ni un desocupado que se detuviera en aquellos lugares, nadie en definitiva con el que relacionar la presencia de un policía más o menos camuflado.

Y, lo que era peor, nadie tampoco que cruzara el portal de aquel edificio de seis pisos en uno de cuyos departamentos tenía su domicilio el profesor.

Si Walker no había mentido, el agente del Federal Boureau había sabido ocultar su presencia a la perfección.

Ronald, en su impaciencia, consultó nuevamente su reloj de pulsera: las cinco y diez de la tarde. La hora que señalaba el final del trabajo en casi todas las oficinas neoyorquinas. Pronto la calle cobraría mayor animación.

Por tercera vez desde que inició su vigilancia el muchacho cruzó el portal y se internó en el amplio vestíbulo del que partía la escalera de la casa. Junto a la cabina del ascensor aparecían los cajetines de la correspondencia.

Una vez más Ronald volvió a leer maquinalmente los nombres

de los inquilinos. Entre los primeros se hallaba el que le tenía allí en paciente espera: «Mr. Robert Gray. Químico. 2.^a planta, departamento «A».

Desistió el muchacho de subir nuevamente al piso. Ya lo había hecho tres horas atrás y nadie había respondido a sus llamadas, lógicamente.

El profesor no estaba en su departamento y sería muy difícil que se acercara a él por miedo a ser capturado por la Policía. Solo había una probabilidad entre mil de que así ocurriera.

Quizá Robert Gray se arriesgara ante la necesidad de retirar de su piso algo que le fuera absolutamente necesario: dinero, por ejemplo. Había que tener en cuenta que era un hombre perseguido por la Ley y que necesitaba huir. Para eso necesitaba fondos...

Esta leve probabilidad mantenía a Ronald hora tras hora vigilante. No tenía otra base desde donde iniciar la búsqueda del profesor. El joven abandonó el portal y recuperó su anterior puesto de vigilancia frente al mismo. Poco a poco la calle comenzó a mostrarse más concurrida.

En aquel preciso momento un obrero, vistiendo el habitual «mono» de trabajo y llevando colgada del hombro una caja de herramientas, cruzó el umbral internándose en la casa.

Ronald tuvo tiempo de observarle cuidadosamente pero ni las toscas facciones de aquel hombre, ni su fornido y achaparrado cuerpo, guardaban la menor semejanza con el alto y elegante profesor Gray. El muchacho perdió pronto su interés por el recién llegado y continuó en la acera vigilante.

El hombre del «mono» había penetrado en el portal con aire decidido y, sin hacer uso del ascensor, se había lanzado rápidamente escaleras arriba. Una vez en el segundo piso del edificio se detuvo ante el departamento señalado con la letra «D» y apretó el botón del timbre.

Mientras aguardaba el resultado del timbrado el hombre aquel miró recelosamente a su alrededor. Ni ante la puerta correspondiente al departamento de Gray ni en el resto del rellano se veía un alma.

—La cosa marcha bien por el momento —se dijo.

En aquel instante se abrió la puerta que tenía ante él y una mujer apareció en el umbral.

—¿Qué desea?

—Pertenezco a la casa Colliet & Parkison y tengo orden de revisar el estado de los toldos de este edificio.

—Pero... ¡nosotros no hemos pasado ningún aviso a esa casa! El

toldo parece funcionar perfectamente.

—Hemos tenido que reparar alguno en los otros departamentos y la empresa propietaria quiere que se haga una revisión general. No creo que tenga usted inconveniente en que pase a la terraza. Solo molestaré unos minutos.

—Bien, pase usted.

La señora Warple hizo entrar al hombre y le guio seguidamente a través de la casa. Al cruzar frente a una de las habitaciones se escuchó desde su interior una voz masculina:

—¿Quién llamaba, Ellen?

—Nada de interés para ti, querido. Vienen a comprobar el estado del toldo. Es cosa de un momento. No te molestes.

Al llegar a la terraza, Joe, el supuesto mecánico, fingió examinar con todo cuidado los barrotes que soportaban las lonas.

Hizo funcionar a continuación la manivela que ponía en movimiento el mecanismo del cierre y apertura del toldo y, volviéndose hacia la propietaria del toldo, dijo, finalmente:

—Esto parece hallarse bastante bien. Solo necesita un poco de grasa ¿Podría usted facilitármela?

—¡Grasa! ¿Y de dónde quiere que la saque? La margarina que uso para guisar no creo que pueda servirle. La verdad es que resulta curioso que usted no lleve consigo una cosa que debe necesitar a cada momento...

—Todo se acaba, hermana. Y el último gramo de grasa se lo han llevado los engranajes del toldo que se halla en el piso de encima.

—¡Pero, si arriba no hay ahora nadie! ¡Los inquilinos se marcharon de vacaciones hace un mes...!

—Sí. Ya lo sé. Me ha abierto una asistenta. No creo que la cosa sea para extrañarse.

—¡Una asistenta!... Bien, iré a ver si encuentro en la casa algo de lo que usted necesita.

La mujer abandonó la terraza dejando en ella a Joe. Pero estaba muy lejos de pensar en dedicarse a la búsqueda de lubricante alguno.

Las explicaciones de aquel hombre y algo indefinible que había en su aspecto terminaron por despertar en ella cierta desconfianza.

Dudó durante un segundo en avisar a su marido pero, considerando ridículos sus temores, optó simplemente por permanecer vigilando con disimulo al falso obrero desde la oscuridad del pasillo.

Y no tardó mucho en quedar realmente sorprendida, esta vez con auténticos motivos. El intruso, al quedarse solo, se había

dirigido rápidamente hacia los arriates cuajados de flores que se extendían de un extremo a otro de la terraza.

Ya junto a ellos comenzó a buscar algo afanosamente, arrojando la tierra hacia el patio sin cuidado alguno.

La indignación de la señora Warple al ver tratadas con tanta rudeza sus queridas plantas hizo que se olvidara del más elemental sentido de prudencia.

Sin ponerse a meditar a qué podía obedecer la extraña conducta de aquel hombre, cruzó la estancia con toda celeridad y se abalanzó indignada contra él, intentando apartarle de las flores, al tiempo que exclamaba:

—¿Está usted loco? ¿Qué intenta hacer aquí?

Joe, un instante sorprendido por la brusca irrupción de la mujer, recuperó la sangre fría, inmediatamente. La cosa se había puesto fea y era necesario actuar antes de que aquella estúpida diese la voz de alarma.

Sin decir una palabra y sin apartar su vista de la mujer sacó una llave inglesa de su caja de herramientas, dando un paso hacia ella.

El grito que pugnaba salir de la garganta de aquella desgraciada apenas tuvo tiempo de iniciarse. El salvaje golpe la hizo caer sobre las baldosas con el cráneo destrozado.

Joe, sin molestarse siquiera en lanzar una mirada al cuerpo yacente de la mujer, volvió nuevamente a su afanosa busca entre la tierra de los arriates. Gray le había descrito exactamente el lugar donde los documentos se hallaban ocultos.

Pronto asomó esta vez la caja metálica que los contenía. Era de regular tamaño y Joe la ocultó en su pecho, bajo la camisa. Cuando se enderezaba para abandonar la terraza, quedó repentinamente paralizado.

Frente a él, a unos dos metros de distancia, en el quicio del gran ventanal que daba paso a la habitación, se hallaba un hombre, joven todavía, que contemplaba la escena con ojos desorbitados por el espanto. ¿El marido? Aquello se estaba complicando demasiado.

Joe, sin dudarle un segundo, se lanzó de un salto hacia él y la violencia del choque hizo que los dos hombres cayeran al suelo. La lucha fue terrible pues Warple se debatía con fuerza sobrehumana, acrecentada por la terrible visión del ensangrentado cuerpo de su mujer, caído allí a su lado.

Ambos contendientes, estrechamente abrazados, rodaron hasta el interior de la habitación.

En un esfuerzo desesperado el marido logró desasirse de los hercúleos brazos del asesino y aplicarle una feroz patada en el bajo

vientre. Joe cayó, nuevamente al suelo donde permaneció tendido unos segundos retorciéndose de dolor. Cuando pudo recobrarse del golpe vio que el hombre se lanzaba de nuevo hacia él enarbolando la misma llave inglesa que había servido para matar a su esposa y que había quedado abandonada en el suelo de la terraza.

No era posible dudar si quería conservar la vida. Su práctica en el oficio le hizo sacar con velocidad inaudita el arma que llevaba bajo el brazo izquierdo y el disparo tumbó a Warple en el mismo momento en que la llave inglesa se abatía ya sobre él. La bala había hecho impacto exactamente entre los dos ojos, atravesándole el cerebro.

Había que huir rápidamente antes de que la alarma producida por el disparo cundiese por el edificio. Joe estaba casi seguro de que aquel joven que vio detenido junto al portal cuando hizo su entrada en la casa, era uno de los agentes del F. B. I. enviados para vigilar a Gray.

En aquel momento, con toda seguridad, debía estar subiendo la escalera para averiguar las causas de la detonación. ¡Había que evitar el encuentro a toda costa!

El pistolero, no obstante sus procedimientos expeditivos, sabía obrar con astucia cuando el caso lo requería. En lugar de lanzarse como un loco escaleras abajo, se acercó con cautela a la puerta del departamento.

Una vez frente a ella la abrió ligeramente, dejando solo un resquicio por el que atisbó lo que ocurría en el rellano.

Unos pasos precipitados lo cruzaban en aquel momento sin detenerse en el departamento «D». Como se figuraba Joe, el primer impulso del recién llegado lo llevó hacia el piso de Gray, ya que los Warple era lógico que permanecieran fuera de toda sospecha.

Era llegado el momento de huir. Joe no vaciló y, sigilosamente, intentó ganar la escalera. El hombre, de espaldas a él, parecía querer abrir la puerta del departamento «A». Poco a poco, y sin perderle de vista, con la pistola dirigida hacia su cuerpo, el asesino fue avanzando.

Un paso, dos pasos... y la madera del piso crujió siniestramente cuando ya casi alcanzaba la meta. El hombre se volvió con la rapidez del rayo. Su mano empuñaba también una pistola.

Dos nuevas detonaciones casi simultáneas volvieron a turbar la tranquilidad del inmueble. Por unos segundos ambos permanecieron frente a frente con las armas humeantes...

Luego, el adversario de Joe comenzó a vacilar, cayó sobre sus rodillas, intentó inútilmente levantar su arma, y por último cayó al

suelo donde quedó inmóvil. La ventaja de la sorpresa había salvado a Joe por una fracción de segundo.

El criminal se abalanzó, ya sin precaución alguna, hacia la escalera. Pero halló el camino cortado. Nuevos pasos presurosos se acercaban, viniendo de la planta baja. Solo le quedaba abierto el camino de los pisos superiores o bien regresar al piso donde había cometido el doble crimen.

En aquel momento una idea salvadora se hizo en su mente: ¡El departamento vacío de encima de los Warple! En dos saltos llegó hasta arriba y de un tremendo empujón forzó la puerta. Cuando cerró tras sí ya era tiempo. El edificio entero parecía haberse convertido en un verdadero infierno de gritos y carreras.

El ruido del disparo que terminó con la vida de Mr. Warple llegó a los oídos de Castairs cuando se hallaba mirando hacia el interior del portal.

Simultáneamente con la detonación, el muchacho contempló estupefacto la repentina aparición de un hombre que surgía del estrecho hueco que quedaba bajo el primer tramo de escalera.

Aquel individuo se lanzó arriba velozmente. Cuando Ronald se recobró de su sorpresa y quiso seguirle, ya el otro estaba lejos. Con toda la rapidez que le permitían sus piernas el joven inició la persecución.

Al llegar al primer piso sonaron dos nuevos disparos. Aquello detuvo al muchacho por unos segundos. Luego, sacando la pistola, reemprendió la subida con mayores precauciones, buscando en lo posible la protección de la barandilla.

Al desembocar en la segunda planta quedó detenido en seco. El hombre que venía siguiendo se hallaba allí, en el suelo, cubierto de sangre, procurando arrastrarse a través del rellano penosamente. Cuando advirtió la presencia del muchacho, exclamó con voz entrecortada:

—¡Pronto, detégale! ¡Ha huido hacia arriba...!

—¿Quién es usted y quién es el que ha huido?

—¡Por favor... no pierda un segundo! Soy del F. B. I... el agente de Walker. Le conozco, Castairs...; he estado vigilándole toda la tarde. Mi agresor. Mi agresor ha escapado hacia el piso de encima...; va vestido de obrero...

En aquel momento varios vecinos asistían ya a la escena con el espanto reflejado en sus rostros. Dejando al herido a su cuidado, Ronald remontó a su vez el tramo de escalera que llevaba al tercer piso.

Un nuevo grupo de inquilinos descendía por él

apresuradamente. Ninguno, a preguntas del muchacho, supo decir nada sobre el misterioso agresor del agente. Nadie había visto al hombre del «mono».

El criminal parecía haberse evaporado como por arte de magia. Forzosamente tenía que haber buscado refugio en alguno de los departamentos de la tercera planta. Una idea repentina hizo preguntar a Castairs:

—¿Tiene este edificio alguna otra salida posterior?

—¡Cómo no sea la escalera de incendios...!

Ronald bajó esta vez como una exhalación, a riesgo de romperse la crisma. Desembocó en la calzada y emprendió una vertiginosa carrera hacia la parte posterior del edificio.

Al doblar la última esquina la suerte quiso premiar su esfuerzo. Un hombre, cubierto por el verdoso traje de faena de los mecánicos, se alejaba apresuradamente en sentido contrario.

Él último tramo de la escalera de urgencia se balanceaba junto al muro. ¡Era él! El obrero del fornido cuerpo que había hecho su entrada en la casa poco antes, el asesino del agente...

El muchacho comenzó la persecución con el mayor cuidado. No había que espantar a tan peligrosa presa. Solamente él, en aquellos momentos, tenía que hacer frente a la responsabilidad de resolver con acierto una situación que podía muy posiblemente ser el hilo que condujera hacia el descubrimiento del asesino de su padre y del robo de los documentos.

Porque la agresión del agente del F. B. I. por aquel hombre no parecía obedecer a un crimen circunstancial. Forzosamente, por el lugar donde ocurrió, tenía que formar parte del caso Gray.

En su ruta a través de las calles tras el fugitivo, Castairs halló a su paso varios policías uniformados. En un principio se sintió impulsado a requerir su colaboración para detener al asesino, pero, finalmente, desistió de su idea.

El hombre que perseguía podía ser un simple peón en aquel asunto. Detenerle hubiera podido significar perder una segura pista que podía muy bien conducir hacia el resto de la banda. Era mejor conocer la meta que guiaba los pasos del falso mecánico.

La persecución se iba haciendo cada vez más difícil a medida que ambos iban alcanzando vías de mayor concurrencia. El hombre aquel parecía, sin embargo, hallarse muy lejos de sospechar que era seguido.

Ni una sola vez había vuelto la cabeza, lo que aumentaba la confianza de Ronald de no ser descubierto.

A ratos, la abundancia de transeúntes hacía que la robusta

silueta del perseguido desapareciera entre ellos.

En uno de esos intervalos Castairs creyó haber perdido a su hombre. Cuando, casi a codazos, logró atravesar la barrera de gente que se interponía entre ambos, el «mono» verdoso había desaparecido totalmente de su visión.

Casi desesperado, el muchacho miró entonces hacia la acera opuesta. ¡Allí estaba! Había atravesado la calle y se disponía a penetrar en aquel momento en una de las estaciones del suburbano.

Ronald, cruzó a su vez apresuradamente la calzada y ganó la puerta del Metro, confundido entre la gente que bajaba las escaleras. Cuando llegó al andén, el tren estaba a punto de partir.

De un salto cruzó la portezuela del último vagón. Recorrió este con la vista. La suerte no se había cansado de favorecerle. De espaldas a él y en el otro extremo del departamento se hallaba el pistolero.

Pasaron cinco estaciones sin que el hombre aquel hiciera ademán de abandonar el coche. Finalmente, a la siguiente abandonó el vagón y Ronald lo hizo tras él. Fue corto esta vez el camino.

Se hallaban en pleno Broadway, cerca de la séptima avenida, es decir, en uno de los trozos de la populosa vía que pocas horas más tarde, cuando llegase la noche, se vería envuelto en una desenfrenada orgía de colores, luces y estrépito.

Joe se detuvo a los pocos pasos ante la entrada de uno de los numerosos «music-halls» que poblaban la calle. Segundos más tarde la puerta del establecimiento se abrió y el individuo desapareció en el interior.

Ronald había asistido a la escena pasivamente, unos metros más abajo. Cuando el hombre penetró en el local el muchacho permaneció observando el rótulo que ostentaba aquella sala de fiestas: «Club Cagliostro».

A aquellas horas el cabaret permanecía todavía cerrado al público.

Penetrar en él hubiera sido una auténtica locura.

No hubiera pasado del vestíbulo.

La ocasión se presentaría aquella misma noche.

Y Ronald Castairs se alejó del lugar, firmemente decidido a correr la nueva aventura.

* * *

El jefe de la División del F. B. I. tardó muy pocos minutos en trasladarse a la clínica de urgencia donde había sido llevado el

agente herido por Joe. El aviso le llegó a Walker una media hora más tarde de haberse producido la agresión.

Cuando hizo su entrada en el dispensario se disponían a operar al desgraciado policía. A ruegos de Walker le fue concedido a este permiso para hacerle unas preguntas, aunque el médico encargado de realizar la intervención advirtió previamente:

—Sea lo más breve posible, inspector. El caso es grave y conviene actuar con la máxima urgencia.

—No detendría un solo segundo su labor si no fuera por la absoluta necesidad de conocer detalles del atentado. De la urgencia con que actuemos puede depender la captura del criminal.

—Está bien, pero no fatigue demasiado al herido. Tiene usted cinco minutos exactos, inspector.

Walker se aproximó al lecho donde yacía su agente. Se hallaba este totalmente exhausto, especialmente por la gran pérdida de sangre. Sin embargo, al reconocer a Walker, sus labios esbozaron una sonrisa.

—¡Mala suerte, jefe!

—Esto no es nada, muchacho. Dentro de quince días estarás como nuevo. Ahora, rápidamente pues no quiero cansarte, hazme un resumen de lo ocurrido.

Con palabra fatigosa el agente se esforzó en relatar lo acaecido en la casa que habitaba el profesor Gray. Describió al hombre que le agredió, en lo poco que podía recordar de sus datos personales y, finalmente, contó a Walker la escena con Ronald Castairs.

—El muchacho salió disparado tras el hombre aquel. Puede que le diese alcance...

Esta última circunstancia, por el momento, era una nueva incógnita que se le presentaba a Walker. Por lo pronto había que localizar urgentemente al muchacho. En este sentido, en cuanto abandonó la clínica se trasladó con toda urgencia a su despacho oficial para cursar las órdenes oportunas.

Desde aquel momento Ronald Castairs iba a ser tan buscado en Nueva York como el propio Robert Gray, aunque con distinta finalidad.

En lo que se refería al hijo del difunto inspector Castairs las órdenes del jefe del F. B. I. quedaban limitadas a localizar al muchacho y seguir sus pasos, teniendo al tanto a la jefatura de todos sus actos.

Una vez tomadas estas medidas el inspector Walker recibió a los agentes enviados urgentemente al piso de los Warple al tenerse noticias del doble asesinato.

Las referencias de estos llevaban a la lógica conclusión de que el matrimonio había sucumbido a manos del mismo criminal que hirió al agente apostado en el edificio.

El salvaje crimen desconcertaba por completo al jefe del F. B. I. ¿Qué papel podían haber jugado aquellos dos infelices seres en el caso de las fórmulas robadas? Únicamente, el hecho de haberse cometido el asesinato en un piso lindante con el profesor Gray parecía ofrecer cierta conexión entre ambos hechos.

¡Sin embargo, el tipo que lo cometió no tenía la menor semejanza con el químico!

D

RONALD Castairs se hallaba muy lejos de suponer que se había convertido en motivo especialísimo de atención para todo el F. B. I. de la ciudad. Cuando se alejó del «Cagliostro» entró en la primera cabina telefónica que halló a su paso y marcó un número. Una agradable voz femenina respondió a su llamada.

—¿Dígame?

—¿Miss Glynn?

—Al aparato. ¿Ronald, verdad?

—Sí, Mabel. La llamo tal como convinimos. ¿Tendría inconveniente en cenar conmigo esta noche? Estoy terriblemente hambriento. En cuarenta y ocho horas puede creer que no he realizado más que un almuerzo normal, aunque reconozco que para mí resultó singularmente grato: el que hicimos juntos ayer al mediodía.

—Encantada, Ronald. Puede pasar a recogerme cuando guste.

—¿Le parece bien dentro de una media hora?

—Procuraré estar dispuesta en ese tiempo.

—De acuerdo, entonces. Una sola advertencia, Mabel: esta noche quisiera lucirla después de la cena en una sala de fiestas. Póngase usted especialmente bonita. No creo que ello le resulte muy difícil, ¿verdad?

La muchacha, por toda respuesta, rio alegremente y cortó la comunicación.

Al salir de la cabina, Ronald tomó un taxi al que dio las señas de su domicilio. No tenía intención de subir al departamento. Únicamente quería recoger su automóvil aparcado frente a su casa desde aquella mañana.

Cuando Castairs tomó asiento frente al volante y puso en marcha el motor, un segundo automóvil de color negro, que aparecía estacionado unas yardas más abajo, comenzó a seguirle y así continuó durante todo el trayecto hasta el edificio que en Broome Street ocupaba Mabel Glynn.

Ronald; sin percatarse en absoluto de la persecución, echó, el

freno al llegar a su destino. Con un par de sonoros toques de «claxon» advirtió su presencia en la calle. El otro vehículo se detuvo también a una distancia prudencial.

La secretaria de Muller no se hizo esperar mucho. Había que reconocer que cumplió a conciencia la recomendación del joven.

Estaba más que bonita con un sencillo traje de noche negro, muy escotado, que realzaba su esbelta figura. El contraste entre el color del vestido y los dorados cabellos de la muchacha contribuía a hacer aún más encantadora aquella agradable aparición que, saliendo del portal, se ofrecía sonriente a los ojos de Ronald.

—¿Le gusto?

—¡Más de lo que me figuraba, Mabel!

Y, ofreciéndola asiento, junto a él, puso el coche en marcha alegremente, sin preocuparse para nada del otro automóvil que parecía estar dispuesto a convertirse en su sombra.

La cena, en uno de los más concurridos y elegantes restaurantes de Nueva York, resultó sencillamente maravillosa para el joven Castairs.

La sugestiva compañía de Mabel Glynn permitió al muchacho olvidarse durante un par de horas de todas sus preocupaciones.

Aquella mujer, con sus ojos deliciosamente azules, su espléndido cuerpo y su adorable simpatía, comenzaba a influir profundamente en los sentimientos de Ronald.

Tanto, que estuvo a punto de hacerle desistir de sus intenciones para aquella noche. Su primera idea de llevar a la chica al «Cagliostro» se le aparecía entonces como una monstruosa insensatez.

Se arrepintió sinceramente de aquel impulso que le había llevado a servirse de ella como de una especie de pantalla para hacer menos sospechosos sus movimientos dentro del «music-hall». Pero ya era tarde para cambiar de planes.

No tenía derecho a perder aquella noche. En el «Cagliostro» estaba con toda seguridad la clave del trágico caso que había conmocionado su vida. Además, su terquedad le había inducido a aislarse de la Policía, a resolver el asunto por sí solo.

El hecho de haber estado a dos pasos del agresor de un agente del F. B. I. sin haber intentado detenerle, le obligaba ahora a continuar hasta el final, sea cual fuere el resultado, para hacer frente a la grave responsabilidad que había contraído y de la que le pedirían cuentas en el momento oportuno.

En sus dudas comprendió que no tenía honradamente más que una salida: decir a la muchacha la verdad, acompañarla a su

domicilio y correr la aventura él solo. En este sentido relató a Mabel, punto por punto, todo lo sucedido aquella tarde y sus propósitos para aquella misma noche. Pero no contaba con la firme decisión de la chica dispuesta a permanecer junto a él.

—Si estás decidido a acudir a ese club nocturno yo iré contigo.

—¡Pero no comprendes que todo esto puede que sea una locura!

—Locura que compartiremos juntos, Ronald, ¡No insistas pues estoy decidida a no abandonarte.

Aunque a regañadientes, tuvo que acceder el muchacho. No obstante, aún sintió un conato de rebeldía cuando Mabel lo dejó solo durante unos breves instantes para ir a arreglarse al tocador.

Ya estaba dispuesto a coger el coche y dejarla abandonada en el restaurante cuando el pronto regreso de la muchacha echó por tierra su impulso.

El «Cagliostro» que se ofreció a la pareja cuando a las once de la noche hizo su entrada en el «music-hall» tenía un aspecto muy distinto al de aquella mañana. Pletórico ahora de luces y sonidos, las alegres notas de una rumba se mezclaban al alegre murmullo de las conversaciones y a las risas de las numerosas parejas que llenaban la pista de baile.

Un solícito camarero se acercó a los jóvenes, acompañándolos hasta una mesa de las últimas filas, adosada al muro, que con otras dos o tres más eran las únicas que permanecían aún vacías.

Ronald se felicitó por ello, ya que aquel lugar apartado convenía a sus planes.

Encargaron unas bebidas y mientras tanto el muchacho se dedicó a recorrer con la vista el local, estudiando sus entradas y salidas detenidamente. Le interesaban en particular las que pudieran conducir al interior del cabaret.

Puesta la atención de Ronald en dichos motivos, prestó poco interés a la llegada de un hombre, correctamente vestido, que tomó asiento en una de las mesas cercanas poco tiempo después de haberlo hecho la pareja.

Media hora más tarde y tras haber bailado con Mabel varias piezas, el joven Castairs conocía ya perfectamente todos los accesos de la sala. Junto a la puerta que daba paso a los servicios de aseo y muy cerca de la que se habría a las cocinas existía una tercera entrada sobre la que podía leerse la palabra «Gerencia».

Esta puerta parecía a primera vista cerrada. La atención del joven quedó definitivamente puesta en ella en espera de buscar el momento oportuno para entrar en acción.

Y este no tardó en presentarse con el anuncio de las atracciones.

Las luces de la sala se apagaron repentinamente mientras que un reflector comenzó a bañar de azules tonalidades la pista central.

Al mismo tiempo la orquesta inició el ritmo, dulzón de un aire cubano y una escultural mulata, semidesnuda, dio comienzo a su danza ondulante y provocativa.

—¡Es el momento, Mabel! Dirígete al tocador. Yo simularé acompañarte e intentaré cruzar la puerta que se encuentra al lado. Si tardo en regresar más de quince minutos avisa a la Policía...

La chica, sin pronunciar una sola palabra, recogió su bolso e inició la marcha. Él la siguió. Nadie pareció demostrar el menor interés por los movimientos de la pareja.

El público tenía puestas sus miradas en la pista, distraído con las contorsiones de la fogosa bailarina criolla. Sin embargo, había dos ojos especialmente atentos, que siguieron con disimulo su marcha: los del hombre solitario que había permanecido en la mesa próxima.

La cosa salió tal como lo deseaba Ronald. Escudándose en lo posible tras el cuerpo de la muchacha, aprovechó rápido el momento de llegar frente a la puerta de la gerencia para empujarla y desaparecer al otro lado de la misma.

La primera impresión de Castairs fue agradecer el hecho de que la sala hubiese estado últimamente casi a oscuras. De no ser así le hubiera sido imposible dar un paso en la tenebrosa oscuridad en que se encontró sumido.

Afortunadamente sus ojos, habituados ya a la penumbra, le permitieron orientarse. Se hallaba en un estrecho pasillo en el que la falta de luces impedía apreciar su extensión.

Ronald comenzó a avanzar con la mayor cautela, deteniéndose en ocasiones para escuchar. Pero hasta él no llegaba más que el murmullo de la música, filtrándose a través de la puerta que había dejado a sus espaldas. El pasillo no mostraba señal alguna de vida.

En su lento avance el muchacho llegó a un lugar en que el corredor formaba un recodo. En el mismo instante en que lo doblaba, Ronald se detuvo en seco. Frente a él unos metros más allá aparecía una puerta bajo la cual se filtraba un tenue rayo de luz.

El joven empuñó su pistola y, sin producir el menor ruido, se aproximó lentamente. Conteniendo la respiración aplicó el oído a la madera. Del interior de aquella habitación no partía señal alguna de que pudiera estar ocupada. Levemente, con las yemas de los dedos, Ronald inició una suave presión contra la puerta. Esta respondió silenciosamente al impulso, abriéndose hacia dentro unos centímetros.

La estrecha abertura dejó ver parte de una mesa de despacho sobre la que se hallaba un grueso velón de bronce. La luz de la habitación provenía, sin embargo, de una lámpara de cristal que colgaba del techo.

Otro ligero toque a la puerta amplió el campo de visibilidad del muchacho. La mesa apareció entonces en toda su extensión y junto a ella un par de sillones de cuero. Ambos estaban vacíos. Lo mismo que la parte del cuarto que podía abarcar la vista de Ronald.

El joven se confió y, empujando ya decididamente la puerta, penetró en la habitación con la «Lugger» dispuesta. No tuvo tiempo de echar una mirada a su alrededor. Tras él, una voz le conminó enérgicamente:

—¡Tira esa pistola y levanta los brazos! ¡Rápido o te abraso!

Obedeció Ronald al tiempo que la voz que sonaba a sus espaldas siguió diciendo, esta vez con burlón acento:

—Esperaba tu visita, hombrecito. No te sorprendas por la cariñosa acogida que te dispense.

Pero, permíteme que recoja del suelo el regalo que me traías...

Al decir esto el hombre quedó frente al joven. Sin dejar de apuntarle con su revólver recogió el arma de Ronald, dejándola sobre la mesa de despacho. Luego prosiguió:

—Me presentaré, ya que no da señales de conocerme: Bill Crane, para servirte, propietario del Club que se honra esta noche con tu amable visita.

—¿Qué pretende?

—Esa pregunta debiera hacértela yo, pero conozco de antemano tu respuesta: esperabas hallar aquí esta noche ciertas caras conocidas. Te has llevado una desilusión al topar conmigo ¿verdad, jilguerito?

—¡Si no se escudase usted tras esa pistola le haría comerse sus sarcasmos!

—¡Huy! ¡Nos salió peleón el nene! ¡Veremos si sabes conservar esos humos dentro de poco! Te tengo preparado un agradable fin de fiesta, aunque no consta en el programa de atracciones de mi Club.

Ronald optó por callar mientras que se exprimía el cerebro en busca de alguna fórmula que le permitiera salir de aquella peligrosa situación.

—Pero antes de llegar a la apoteosis final que te preparo —prosiguió el «gangster»—voy a darte el gusto de contemplar de cerca a los que tanto deseabas ver.

Y así diciendo, pulsó un timbre situado sobre su mesa de despacho. Unos segundos más tarde irrumpían en la habitación el

profesor Gray y Joe seguidos de un tercer tipo de rostro acaballado en el que brillaban dos negros ojillos casi hundidos en las órbitas.

Joe se acercó al muchacho con aviesa sonrisa, exclamando:

—¡Hombre! ¡Tenemos ya aquí al célebre sabueso, terror del hampa neoyorquina, dignísimo sucesor de su famoso padre!

El joven se sintió invadido por una ira infinita. Intentó refrenarla pero el pistolero siguió diciendo:

—Estoy seguro que el mancebo ha venido a agradecernos personalmente el delicado obsequio de la corona de flores...

El puño de Ronald se estrelló con toda su fuerza contra la repugnante boca del bandido, cortando en seco sus crueles burlas y reventándole los labios de paso. En un instante se vio rodeado de brazos y privado de hacer el menor moviente.

Joe, con gesto bestial, acercó su rostro sangrante al del joven...

—¡Te voy a matar por eso, cerdo!

Y cuando intentaba pasar a los hechos una orden de Bill Crane lo detuvo:

—¡Quieto, Joe! No adelantes los acontecimientos. Tiempo tendrás de divertirme más tarde.

Ronald fue arrojado brutalmente sobre uno de los sillones cercano a la mesa. La pistola de Bill seguía apuntando en su dirección. El muchacho fijó sus ojos en Gray.

El profesor permanecía algo apartado de los demás y sin haber tomado parte en la reciente agarrada. Su rostro, frío e inexpresivo, no parecía sentir preocupación alguna por la escena que se estaba desarrollando ante sus ojos.

El propietario del «Cagliostro» siguió llevando la voz cantante del grupo:

—Bien, jovencito. ¿Te creías muy listo, verdad? ¿Y considerabas muy fácil recuperar las fórmulas, así como descubrir al autor de la muerte de tu padre? Me produce tanta pena tu fracaso que no puedo resistir la tentación de hacerte feliz antes de que emprendas el mismo camino que siguió el inspector Castairs... Mira: aquí tienes esos preciosos documentos. Ya puedes decir que has llegado hasta tocarlos. En cuanto a conocer al que dio el pasaporte al autor de tus días...

En aquel preciso momento una bombilla pintada de rojo que se hallaba colocada sobre el dintel de la puerta comenzó a lanzar rápidos destellos. El hecho puso en conmoción a toda la banda.

—¡Pronto! —rugió Bill—. ¡Salid todos fuera y haced frente a los que intenten entrar! ¡Yo seguiré cuidando de este idiota!

Joe y el tipo larguirucho, seguidos por el profesor, salieron

velozmente del cuarto. Mientras tanto, el cabecilla de la banda se apresuró a guardar las copias de las fórmulas en uno de sus bolsillos, sin dejar por ello de apuntar a Ronald su revólver.

Transcurrieron unos segundos de espera y, de pronto, de la profundidad del pasillo llegó el sonoro estampido de un disparo. Fue este como el cohete inicial de un castillo de fuegos artificiales.

Una, dos... seis detonaciones se sucedieron como por ensalmo. El rostro de Bill, profundamente alarmado, se volvió maquinalmente hacia la puerta de la habitación...

«¡Ahora o nunca!», se dijo el joven.

Y asiendo repentinamente la cercana lámpara de bronce la arrojó con violencia contra el «gangster». El impacto del pesado artefacto hizo tambalear a Bill, cosa que aprovechó el muchacho para abalanzarse sobre la mesa y recuperar la pistola. Oprimió el disparador y la detonación fue a sumarse a las otras que seguían escuchándose fuera del cuarto.

Bill Crane cayó al suelo echo un ovillo, sujetándose desesperadamente el vientre con ambas manos. Una trágica mueca de dolor contraía su rostro mientras que la sangre, brotando a través de sus dedos, iba formando un pequeño reguero sobre el pavimento.

Sin detenerse más que para arrebatarse al moribundo las copias de las fórmulas, Castairs se lanzó fuera de la habitación. Pero hubo de retroceder nuevamente. Gray y los dos pistoleros Se hallaban en el tramo del pasillo que terminaba en un recodo.

Parapetados en aquella esquina hacían fuego sobre un invisible agresor que era dueño del otro trozo del corredor. ¡Había que ayudarlo, quienquiera que fuese! Y en ese sentido, amparado tras el quicio de la puerta, Ronald comenzó a hacer fuego sobre los tres bandidos.

Esta repentina e inesperada agresión que surgía por retaguardia desconcertó a los tres «gangsters». Aquellos segundos de indecisión resultaron fatales para uno de ellos.

El tipo de la cara de caballo midió el suelo con su cuerpo después de lanzar un grito de dolor. Los dos restantes, Gray y Joe, cruzaron de un salto ante la puerta tras la que se parapetaba Ronald y, ganando el final del pasillo, desaparecieron por una salida que se abría a su final.

Casi al mismo tiempo, un hombre doblaba el recodo situado al otro extremo del corredor. En su mano derecha aparecía un revólver todavía humeante. Ronald, dándose cuenta de lo equívoco de su situación, avisó rápidamente:

—¡Cuidado, amigo, no se confunda! ¡Soy Ronald Castairs!

—¡No tema, muchacho! ¡Lo único que me confunde es verle todavía con vida!

Sin necesidad de mayores explicaciones los dos hombres salieron disparados tras los fugitivos. La puerta que aquellos utilizaron para huir daba a un solitario patinillo plagado de latas vacías y montones de leña.

Estaba rodeado por un muro no muy alto y en uno de sus lados se abría una portezuela. Cuando Ronald y su acompañante la cruzaron apareció ante sus ojos una calleja parcialmente iluminada por una bombilla de macilenta luz.

Era ya tarde. Los dos bandidos habían tenido tiempo de recorrerla y perderse luego en el dédalo de calles adyacentes.

Comprendiendo la inutilidad de seguir adelante los dos hombres volvieron sobre sus pasos.

El acompañante de Ronald se presentó como el agente McDonald, del F. B. I.

—He estado haciendo de niñera suya toda la noche, Castairs, Le eché el ojo cuando recogió el coche ante su domicilio. Después le seguí hasta el restaurante y, más tarde, al llegar al «Cagliostro» y verle desaparecer tras aquella puerta excusada me decidí a telefonar a la Jefatura dando cuenta de sus extraños manejos. Viendo que pasaba el tiempo y no regresaba a la sala, tomé la determinación de seguir sus pasos sin esperar refuerzos. Entonces es cuando se inició el jaleo...

El recuerdo de Mabel Glynn, momentáneamente olvidada por los recientes y agitados acontecimientos, hizo a Ronald apretar el paso. En aquel momento cruzaba de regreso ante la puerta del despacho de Bill Crane. Una breve ojeada al cuerpo allí tendido les permitió comprobar que aquel había dejado de existir.

El otro pistolero caído en el pasillo se hallaba sin conocimiento. El balazo le había atravesado el hombro izquierdo, por el que manaba la sangre. Ronald y el agente cargaron con el cuerpo en dirección a la puerta que comunicaba con la sala de fiestas.

—Para evitarme posibles agresiones por la espalda cerré esta puerta apenas se inició el tiroteo —explicó el policía.

No tuvieron necesidad de abrirla. Solo un brusco salto hacia atrás impidió que aquella se les viniese encima, materialmente arrancada de sus goznes por un tremendo impulso que partía del otro lado.

En el hueco y perfectamente recortada por la fuerte iluminación de la sala, surgió la alta silueta del inspector Walker. Tras él, tres

agentes portando sendas pistolas se apiñaban para penetrar en el angosto pasadizo.

—Creo, Ronald, que ya va siendo hora de que me des cuenta.

Dejando al jefe del F. B. I. con la palabra en la boca, el muchacho salió disparado hacia la mesa que ocupaba anteriormente con Mabel. La chica no se encontraba en ella. Lo que era lógico ya que la sala estaba casi vacía de público.

Las pocas personas que aún permanecían en el local, con la alarma reflejada en sus rostros, se hallaban formando un reducido grupo bajo la vigilancia de un agente.

Junto a la puerta de la cocina otro policía había reunido a los camareros del «music-hall». Entre ellos, y bajo un gorro monumental, aparecía la negra cara del cocinero, que contemplaba la escena con ojos de espanto.

En aquel preciso momento, otro de los hombres que había traído Walker salía del lugar que ocupaban las cabinas telefónicas. Llevaba asida del brazo a la rubia Mabel Glynn. La chica, al ver a Ronald, se desasíó de un brusco tirón, cayendo en sus brazos al tiempo que exclamaba:

—¡Por fin! ¿No estarás herido, verdad? ¡He pasado unos minutos espantosos!

—Tranquilízate, Mabel. Me encuentro perfectamente.

VIII

A

la una de la madrugada, es decir, una hora exacta más tarde de haber tenido lugar los sucesos del «Club Cagliostro», se celebraba una sospechosa conferencia en una casa solitaria del barrio de Bronx.

La finca se hallaba bastante apartada del núcleo urbano, aunque no muy lejos del callejón de Bowling, lugar donde fue hallado el cadáver del inspector James Castairs en un abandonado garaje.

Los inquilinos de las escasas y desperdigadas viviendas próximas a la casa en cuestión, desconocían en absoluto quiénes la habitaban. Nunca había movimiento en ella. Sus ventanas, por lo general, permanecían cerradas herméticamente, y el pequeño jardín que rodeaba el hotel se hallaba en el más triste de los abandonos.

Aquella noche, sin embargo, en el interior de una salita de su planta baja se encontraban reunidos cinco hombres. Dos de ellos, el profesor Gray y Joe, permanecían sentados frente a una mesa donde había una botella de «whisky» y unos vasos.

Los tres restantes sujetos, todos de pésima catadura, aparecían repartidos por la habitación, pero todos con la vista puesta en el rostro brutal de Joe que en aquel momento hacía uso de la palabra.

—Creo, muchachos, que la cosa no puede ponerse más fea de lo que está. La mala suerte se ha cebado con nosotros y es necesario adoptar cuanto antes una enérgica determinación.

—La única determinación que podemos tomar es disolver la banda y repartirnos la «pasta» cuanto antes —interrumpió uno de los tres individuos que se hallaba fumando un descomunal habano.

Joe volvió la vista hacia el tipo aquel, un sujeto excesivamente delgado, de cabello rubio como la paja y fríos ojos azules, contestándole:

—¡Sin avasallar, Peter! El terna monetario se tratará a su debido tiempo. Antes nos interesa saber si realmente, tal como tú nos aseguras, despacharon al patrón y el «Rata» quedó malherido. En nuestra huida ni el profesor ni yo pudimos cerciorarnos de ello.

—¿Quieres que te lo repita con música? ¿Cuántas veces he de

insistir en explicarte que vi sacar el cuerpo de Bill hecho unos zorros? Yo estaba allí, junto a la entrada del Club, disimulando entre un grupo de curiosos. Oí perfectamente cómo uno de los «polis» le decía al de la ambulancia: «Este ya va listo. Que miren en el hospital si el otro tipo tiene arreglo...»

—¡Si eso es cierto...! ¡Aunque tu «heroica» actuación de esta noche no es precisamente como para inspirarme confianza!

—¿Y qué quieres que hiciera? ¿Meterme voluntariamente en la boca del lobo? ¡Bien os apresurasteis tú y ese pollo a salir pitando del «Cagliostro»! Además, cuando comenzó el tiroteo del pasillo yo me hallaba en el «bar». Mi primera idea fue pensar que los de la «bofia» habían entrado por la parte posterior del edificio y que se estaban abriendo paso hasta la sala. No era cosa de esperarlos sentado. Aprovechando el lío de mil demonios que se armó allí dentro, salí a la calle y me quedé a la espera. Cuando cesaron los tiros y vi que únicamente era el público el que abandonaba el local, estuve a punto de entrar nuevamente. Si me descuido me pesca todo el ejército del F. B. I. que llegaba en aquel momento. ¡No daba dos centavos por vosotros! Mi sorpresa fue luego, al encontraros aquí sin novedad...

—¿Estás completamente seguro de que el «Rata» no ha muerto?

—Lo único que puedo decirte es que cuando lo subieron a la ambulancia estaba vivo todavía.

—Bueno, amigos —continuó Joe, dirigiéndose a todos los presentes esta vez—. El punto más importante es precisamente el referente al «Rata». Si este sigue todavía vivo la situación se hace extraordinariamente peligrosa para todos nosotros. En cualquier momento puede cantar y descubrirnos...

Gray, terciando por vez primera en la conversación, interpelló al pistolero:

—¿Entonces, el «Rata» conoce este refugio?

—Claro está que lo conoce. Este ha sido siempre el cuartel general de la banda. Aquí se planeaban los asuntos y se guarda el armamento. Lógicamente, Bill no quería tener nada comprometedor en el Club, expuesto en todo momento a una *razzia* de la Policía. Si el «Rata» se asusta y abre el pico no tardaría mucho este local en convertirse en un infierno...

—¿Entonces, me queréis explicar qué hacemos aquí todavía? —preguntó otro de los «gangster»—. ¡Venga, repartámonos rápidamente los cuartos y que cada uno se las apañe como pueda!

Joe, calmando al impaciente con un ademán, intervino de nuevo:

—No apresurarse, corderitos. ¿Me creéis tan tonto como para no haber tomado esa medida hace ya tiempo si no fuera por una determinada circunstancia que me lo impide? ¿Sabéis a cuanto asciende la suma que hay ahora en esta casa? ¡A cinco mil dólares! No creo que con lo que tocase a cada uno de esa cantidad pudiéramos emigrar a otro ambiente menos cargado.

Un hondo silencio siguió a la desagradable noticia dada por Joe. Este, después de una estudiada pausa, reanudó su discurso:

—Desconozco si Bill tendría más dinero guardado en otro lugar. La realidad es que aquí, esta noche, solo hay cinco «sábanas» aunque... dentro de un par de horas pueden entrar por esa puerta cien más.

La helada expresión que aparecía en los rostros de sus oyentes se cambió en otra de curiosa ansiedad.

—Sí, muchachos. A las tres de esta misma madrugada Bill Crane tenía concertada aquí una cita con cierto individuo. El tipo traerá consigo cien mil dólares, que nos dará a cambio de determinada «mercancía». Se trata de saber al presente si contáis con suficientes agallas para esperar hasta esa hora, aun sabiendo que de un momento a otro puede caernos encima todo el F.B.I.

Robert Gray fue el primero en intervenir exclamando, extrañado:

—¡Pero si esa «mercancía» de que hablas ya no la tenemos! Las fórmulas quedaron en poder de Crane. A estas horas es seguro que han pasado a manos del inspector Walker.

—¿Y de qué te sirve a ti el título de químico, alma mía? En una hora puedes preparar una nueva copia tan flamante como la primera. ¡Si no resulta muy exacta, peor para el «Holandés»!

—¿Y tú crees a ese hombre tan iluso como para no darse cuenta de un amaño tan burdo?

—En ese caso, si no acepta el «género» como bueno le daremos otro que puede que le haga aún menos gracia. Pero creo que no habrá necesidad. El tipo ese confía en nosotros, pues ha tenido ya negocios con Bill y está muy lejos de sospechar nuestra desesperada situación. Así que ha llegado el momento de decidir el asunto. Vosotros tenéis la palabra.

Durante unos minutos nadie se atrevió a manifestarse en pro o en contra de la sugerencia de Joe. Finalmente, la codicia pudo más que el temor de Peter y sus dos colegas. Únicamente, Gray parecía más reacio a decidirse. El pistolero insistió:

—Ten en cuenta, profesor, que tú eres el que más pierdes. Sin dinero tu caso es desesperado. Nosotros, al fin y al cabo, estamos

acostumbrados a superar situaciones parecidas. Tú, en cambio, lo has perdido todo y no tienes la suficiente experiencia para capear el temporal.

—Bien, acepto.

—En ese caso, manos a la obra. Tú y yo, Gray, permaneceremos en esta habitación preparando los papeles. Mientras tanto, dos de vosotros os apostaréis en el jardín vigilando la parte delantera y posterior de la casa. Tú, Peter, subirás al piso de arriba, desde donde se dominan perfectamente todos los accesos. A la menor cosa sospechosa das la alarma. Y, sobre todo, ¡ojo con la llegada del «Holandés»...! ¡No vayáis a freírmelo antes de tiempo!

Los tres «gangsters» cumplieron en silencio las órdenes de Joe, convertido por propia iniciativa en jefe de la pandilla. De un armario de la sala salieron a relucir dos «Parabellum» y un fusil ametrallador. De este último se hizo cargo el rubio Peter que inició la subida hacia el piso de encima.

Los otros dos tipos salieron al jardín, y Gray se sentó ante la mesa dispuesto a comenzar su trabajo. Joe, con toda tranquilidad se tumbó sobre uno de los divanes, colocando cariñosamente a su lado la botella de «whisky».

Y el tiempo comenzó a transcurrir demasiado lentamente para todos ellos...

Las manecillas de un viejo reloj de pared señalaron la una y cincuenta y nueve minutos. Joe quedó contemplando su esfera, atento a las dos próximas campanadas. Pero el sonido de estas quedó ahogado por otro mucho más agudo y persistente.

Los dos hombres volvieron la cabeza con sobresalto hacia el teléfono. Joe fue el primero en alcanzar el aparato.

—¿Quién llama?

El resto de la comunicación quedó exclusivamente a cargo de la persona que se hallaba al otro lado de la línea. El «gangster» escuchaba en silencio y sin que su rostro manifestase en forma alguna la índole de la conferencia que sostenía.

Finalmente, y tras un «De acuerdo», colgó el aparato. Con toda tranquilidad volvió a su cómoda postura sobre el diván, con los pies apoyados sobre uno de los brazos.

Gray, ante la desconcertante actitud de Joe, saltó de su silla. Con voz entre ansiosa y colérica apostrofó al pistolero:

—¿Me quieres explicar, idiota, con quién has hablado?

—¡Tranquilízate! Era el «Holandés». Solo quería saber si estábamos preparados para recibirle... Vendrá enseguida, así que ya puedes terminar pronto el trabajo.

Tras esta explicación, aunque no muy convencido, Gray volvió a sentarse frente a la mesa. Joe echó un trago de la próxima botella y entornó los ojos como dispuesto a descabezar un sueño...

Sin embargo, su mano derecha comenzó a buscar con disimulo en el bolsillo de su pantalón. Luego, levantándose silenciosamente, se fue acercando al profesor que, de espaldas a él, permanecía inclinado sobre la mesa, absorto en su trabajo.

En la habitación solamente se oía el apagado «tic tac» del viejo reloj. Joe estaba ya justamente detrás del químico. Con agilidad de pantera saltó sobre él y, al tiempo que su mano izquierda oprimía fuertemente la boca del agredido, con la derecha le clavaba despiadadamente una navaja en el corazón.

Durante unos segundos el criminal permaneció aferrado brutalmente a su presa, que se debatía con desesperados estremecimientos. Luego, poco a poco, los movimientos de su víctima fueron disminuyendo hasta cesar por completo.

Cuando soltó el cuerpo del profesor, la cabeza de este cayó pesadamente sobre la mesa que tenía delante, produciendo un lúgubre sonido.

Al enderezarse, Joe permaneció escuchando unos momentos. Nada parecía turbar el silencio del edificio. Limpió el cuchillo en la americana de su víctima y se dirigió a una puerta que daba acceso a la parte posterior del jardín.

Pronto localizó al pistolero que estaba allí de guardia. Avanzando en silencio hacia él, se colocó a su lado, diciéndole en voz baja:

—¿Alguna novedad, muchacho?

—Nada en absoluto, Joe. ¿Qué hora es?

—Más de las dos. Pronto acabará todo esto. Tú permanece aquí, que yo voy a seguir rodeando el jardín para ver si el otro tiene algo que contarme.

Y, diciendo esto, Joe desapareció entre las sombras de los arbustos que crecían a placer, sin haber conocido nunca la mano de un jardinero.

Aprovechando todo cuanto podía ocultarle de la vigilancia que Peter ejercía desde el piso alto de la casa, el «gangster» llegó hasta el muro que rodeaba aquella.

¡El momento peligroso había llegado! Joe, rápidamente, se aferró al borde de la cerca, elevó a fuerza de músculos su pesado cuerpo hasta la parte superior del muro y, de un ágil salto, se dejó caer al otro lado, donde permaneció encogido unos minutos.

Todo siguió igual. Peter, desde su elevado observatorio, vigilaba

en aquel momento la parte delantera de la casa.

Luego, ya solo fue cuestión de piernas, y el criminal se, perdió rápidamente en la nocturna soledad del barrio de Bronx.

* * *

A la misma hora en que se celebraba la reunión sostenida por los «gangsters» en su cuartel general tenía lugar otra en el despacho oficial del jefe de la División del F. B. I.

Se hallaba esta compuesta por cuatro personas: Walker, McDonald, Ronald y Mabel. El inspector, sentado frente a su mesa de trabajo, tenía junto a él al agente. Ante ellos, los jóvenes aparecían sentados en dos cómodos sillones.

La conversación hacía ya tiempo que había comenzado. Castairs y el agente habían referido al inspector los incidentes del «Cagliostro», así como la parte que el muchacho había jugado en los anteriores y dramáticos sucesos ocurridos en el edificio que habitaba el profesor Gray.

En aquel preciso instante el inspector se estaba dirigiendo a Ronald con helado acento:

—Resulta, por tanto, que en las últimas ocho horas has cometido una muerte y medio matado a otra persona, has dejado escapar estúpidamente al asesino del matrimonio Warple, que además hirió a uno de mis hombres, y, finalmente, has estado a punto de morir tú también. La jornada no ha podido ser más completa. ¡Un verdadero «record» de insensatez!

—Explicado de la forma que usted lo hace, Walter, así lo parece. Pero con arreglo a mi punto de vista los mismos hechos tienen una apariencia completamente distinta: no dejé escapar esta tarde al criminal ese, llamado Joe, sino que le seguí hasta la guarida de la banda, cosa que nos ha permitido desinfectar un nido de podredumbre en el mismo corazón de Nueva York; si es verdad que maté a un hombre, lo hice en legítima defensa, y con ello hemos librado a la Humanidad de un perfecto bandido; lo mismo podría decir del otro pistolero que logré tumbar, pues con ello lo que hice fue prestar auxilio al agente McDonald y agradecerle así el que me hubiera salvado la vida con su intervención. Finalmente, y esto lo guardaba para el final, inspector: mi «insensatez» ha servido para recuperar las copias de las fórmulas. Aquí las tiene.

El frío rostro de Walker cambió sensiblemente de expresión al escuchar las últimas palabras del muchacho. Recogió visiblemente impresionado los documentos que aquel entregaba y, luego, con abierta sonrisa, repuso:

—Bien, muchacho. No cabe duda que este servicio que acabas de prestar al Estado merece que se te perdonen todas las otras cosillas... Es lástima, de todas formas, que al negarte a colaborar conmigo se hayan podido escapar el profesor Gray y ese tipo sanguinario de Joe.

—Sin embargo, inspector, todavía tenemos una carta en la mano que, bien jugada, podría llevarnos al triunfo.

—Me figuro que te refieres al individuo que heriste en el hombro. Efectivamente, si logramos hacer que confiese es muy probable que nos pueda facilitar los medios de llegar hasta los otros. Con esta idea tengo un hombre en el hospital intentándolo. Si mi agente falla, seré yo quien interroque a ese tipo.

Providencialmente, en aquel preciso momento sonó el timbre del teléfono colocado sobre la mesa del inspector. Walker se apresuró a tomar el aparato y quedó escuchando en silencio durante unos breves instantes. Luego, dirigiéndose a los allí presentes, dijo:

—El «Rata» acaba de dar las señas del cuartel general de la banda. Es muy probable que encontremos allí a nuestros fugitivos...

El joven Castairs se apresuró a interrumpir:

—Dígame dónde se esconden esos criminales.

—No, mi querido amigo. ¡Bastantes «excitantes» has tenido esta noche! Esta vez, aun «sintiéndolo» mucho, vamos a prescindir de policías de ocasión y la cosa se va a llevar en toda regla. Además yo creo que un deber de cortesía te obliga a acompañar a *miss* Glynn a su domicilio, teniendo en cuenta lo avanzado de la hora. ¡Buenas noches!

Cuando la pareja se disponía a salir del despacho, el inspector Walker la detuvo con una exclamación:

—Por favor, un momento. Se me olvidaba una cosa, Ronald: el más elemental sentido de precaución me obliga a reclamarte la pistola que hace dos noches te entregué en este mismo despacho. ¡No quiero más líos, jovencito!

E

L inspector Walker, acompañado por cinco agentes del F. B. I., uno de los cuales ejercía las funciones de chófer, tomó asiento en uno de los coches de servicio. Todos iban armados de acuerdo con la misión que tenían encomendada.

Recibida del jefe de la expedición la orden de marcha, el potente automóvil se lanzó adelante velozmente.

A las dos de la madrugada el tráfico era lógicamente escaso.

No obstante, los pocos coches que circulaban por las vías neoyorquinas se detenían en seco al oír la potente sirena del auto de la Policía que, a todo gas, iba salvando milagrosamente todos los obstáculos que encontraba en su carrera.

Algún que otro peatón solitario suspendía también su marcha para contemplarlo, hasta que la roja luz del vehículo desaparecía a lo lejos.

Al hacer su entrada en el barrio de Bronx el coche disminuyó la velocidad e hizo callar el estridente sonido de su sirena.

Finalmente, cuando se hallaban ya próximos a la finca que servía de refugio a los «gangsters», apagó los faros.

Unos cien metros antes de llegar a la casa frenó en seco.

Walker y sus hombres descendieron del automóvil con el mayor silencio.

El inspector ordenó que permanecieran junto al coche y él se adelantó en dirección al edificio.

Ocultándose detrás de un árbol quedó durante, unos minutos estudiando la casa y sus alrededores.

En las ventanas de aquella no había el menor vestigio de luz.

A primera vista se hubiera creído que sus habitantes permanecían en el más dulce de los sueños.

Pero Walker, después de la confidencia del «Rata», no podía dejarse engañar por aquel inofensivo aspecto. Uno por uno fue anotando en su memoria todos los accesos mejor protegidos por la oscuridad.

Hecho esto, regresó al lugar donde esperaban sus hombres.

Las instrucciones fueron rápidas. Los cinco agentes llegaron sin novedad, siguiendo al inspector, hasta la parte exterior del muro que rodeaba la casa.

Una vez allí, el inspector Walker ordenó el despliegue.

Cuatro agentes continuaron su marcha bordeando la cerca, bien adosados a esta, con instrucciones de trasponerla dos por la parte posterior y uno por cada fachada lateral. Walker, acompañado por el restante, se reservó la parte frontera de la casa.

Cuando calculó que sus hombres habían podido llegar al lugar designado a cada uno, saltó rápidamente el obstáculo seguido del agente. En el mismo instante una repentina ráfaga de metralleta pasó silbando sobre sus cabezas.

Cuando la segunda rociada de plomo lamió el borde del muro que acababan de atravesar, los dos hombres se encontraban bien ocultos entre los espesos matorrales del jardín.

Los disparos no volvieron a repetirse. En el silencio de la noche el inspector tocó con el brazo a su acompañante y ambos iniciaron un lento avance hacia el edificio, arrastrándose en la oscuridad.

Pasaron varios minutos y Walker se encontró finalmente a pocos metros de la fachada principal de la casa. Ordenó al agente que permaneciera en aquel lugar, y él, en dos rápidos saltos cruzó el espacio que le separaba de la puerta.

Quedó allí por unos segundos inmóvil, pegado a la pared del edificio con objeto de presentar el menor blanco a los posibles ocupantes de las ventanas.

Luego, con la culata de su revólver golpeó la puerta, al tiempo que gritaba:

—¡Abrid, en nombre de la Ley!

El fusil ametrallador se dejó oír nuevamente.

Aquella lluvia de balas provenía de la parte alta de la finca.

Era materialmente imposible que alcanzasen a Walker, materialmente incrustado en el quicio de la puerta.

Cuando cesó el fuego, el inspector repitió la orden:

—¡Tenéis dos minutos para entregaros! ¡Pasado ese tiempo, asaltaremos la casa!

Tampoco respondió nadie a ese segundo aviso.

Y es que el mayor desconcierto reinaba entre los ocupantes del hotel. Los acontecimientos se habían sucedido para ellos a un ritmo vertiginoso y sorprendente.

Cuando Peter, al divisar desde su elevado observatorio dos sombras saltando el muro hizo funcionar su arma, los dos «gangsters» que prestaban vigilancia en el jardín se apresuraron a

refugiarse en el interior del edificio.

Su estupefacción no conoció límites al encontrarse con el cuerpo apuñalado del profesor Gray y no hallar el menor vestigio de Joe.

Pasada la primera sorpresa los dos bandidos ganaron las escaleras y subieron velozmente en busca de su compañero. Cuando llegaron junto a Peter, este acababa de hacer fuego por segunda vez.

Al ver junto a sí a sus desconcertados secuaces, lanzó un juramento.

—¿Qué hacéis aquí, imbéciles? ¡No veis que nos van a abrasar a todos! ¡Rápido, bajad antes de que sea tarde a defender las dos puertas!

Costó trabajo hacerle comprender a Peter la situación, especialmente porque ni ellos mismos podían explicarse el misterio que rodeaba la muerte de Gray y la extraña desaparición de Joe.

Los tres hombres permanecieron atónitos, sin saber qué partido tomar. Pero sus vacilaciones se vieron repentinamente cortadas por el infierno que, partiendo del jardín, se abatió sobre la casa.

En unos segundos los cristales de todas las ventanas volaron hechos añicos. Un verdadero chorro de plomo y fuego penetró en las habitaciones, segando materialmente todo lo que hallaba a su paso.

—¡Ya es tarde para pensar en rendirse! —gritó Peter.

Y asiendo desesperadamente la metralleta se dispuso a vender cara su vida. Sus dos compañeros, olvidándose de todo ante la inminencia del peligro, se lanzaron escaleras abajo con las «Parabellum» dispuestas.

Pero no lograron alcanzar la planta baja. A la mitad del último tramo se produjo el encuentro.

Walker y su agente habían logrado forzar la puerta y penetrar en el vestíbulo. Los disparos cruzados entre ambas partes fueron simultáneos.

El jefe del F. B. I. dio una vuelta sobre sí mismo y cayó al suelo. Su acompañante disparó nuevamente sobre el grupo que tenía enfrente.

Uno de los bandidos dio un salto hacia adelante y bajó rodando el resto de los escalones hasta quedar extendido sobre el pavimento como un muñeco grotesco de trapo.

El otro, herido en el primer cruce de disparos, se hallaba de rodillas con la espalda apoyada en la baranda.

En aquel momento levantaba los brazos en señal de rendición.

Antes de que el agente tuviera tiempo de volverse para auxiliar a su jefe, ya estaba Walker en, pie nuevamente.

Sobre su cuello, bajo la oreja izquierda, un sangriento surco acusaba lo cerca que estuvo de haber pasado a mejor vida.

Sin preocuparse de la rozadura, el inspector se adelantó hacia el «gangster», apoderándose del arma que yacía a sus pies. Luego, asiendo al herido por los brazos, lo arrastró con ayuda del agente hasta un lugar protegido.

—¿Cuántos quedan arriba?

—Uno solo: Peter.

—¿Y Joe? ¿Y el profesor Gray?

El herido apenas podía hablar.

Aún logró, no sin trabajo, balbucir unas palabras:

—Gray... estaba muerto antes de que llegaseis: Joe... un cobarde... debió...

Sin poder completar la frase, el pistolero perdió el conocimiento.

El inspector envió a su subordinado con órdenes para los cuatro agentes apostados en el jardín: el fuego debía cesar inmediatamente. Esperó unos minutos.

Cuando dejaron de escupir plomo las armas que empuñaban los agentes del F. B. I. cesó también el fuego que se les hacía desde la parte alta de la casa.

Walker aprovechó aquel preciso momento. En cuatro zancadas remontó la escalera, llegando frente a la habitación en que se hallaba parapetado Peter. Su puerta permanecía abierta de par en par.

El inspector cruzó el rellano de un salto y quedó pegado al muro, con la puerta a su derecha.

Seguidamente, con voz enérgica, se dirigió al «gangster».

—Escucha, Peter. Estamos a cuatro metros de ti. En cuanto dé una orden, seis hombres entraremos por esta puerta y tu cuerpo quedará como una criba. No tienes escape.

No hubo respuesta. Pero Walker pudo escuchar la anhelosa respiración del hombre que estaba dentro. El silencio que ahora reinaba en el edificio parecía aún más profundo después del infierno que se había desencadenado minutos antes:

Walker volvió a insistir:

—Tienes un minuto para decidirlo, muchacho. Si te entregas salvarás el pellejo. No era a ti a quién buscábamos, sino a Joe, que ha huido como un cobarde, dejándote solo...

El jadeo de aquel hombre se hizo más angustioso. Se veía que estaba desesperado.

—¡Por última vez, Peter! ¡Entrégate! ¡Tus dos compañeros han

caído! Estás solo, ¿oyes? ¡Completamente solo ante el F. B. I.!

Dentro se escuchó el ruido sordo de un objeto pesado cayendo sobre las tablas del piso. Peter había soltado su metralleta. Luego, con paso vacilante, cruzó la puerta la delgada figura del pistolero.

Estaba mortalmente pálido y bañado en sudor.

Sus brazos pendían inertes junto a los costados.

Contempló durante unos segundos al inspector y, sin pronunciar una palabra, comenzó a descender lentamente la escalera.

Walker siguió tras él.

Al llegar a la planta baja, Peter evitó el cuerpo del «gangster» allí caído y se dirigió a la sala.

Una vez en ella se dejó caer sobre el mismo diván que una hora antes había ocupado Joe.

Se apoderó de la botella de «whisky», que milagrosamente había salido indemne del tiroteo, y con verdadera ansia apuró de un trago todo su contenido.

Solo entonces se encaró con Walker, para decirle:

—Estoy a su disposición, inspector.

A pocos metros, con el rostro apoyado sobre la mesa de trabajo, el profesor Gray parecía estar sumido en un profundo sueño. Medio caído en un sillón de la sala, el otro «gangster» herido respiraba fatigosamente...

Los cinco hombres que acompañaban al inspector Walker fueron entrando en la casa paulatinamente. El jefe del F. B. I. se dirigió a uno de ellos al tiempo que le señalaba el aparato telefónico:

—Si el cacharro ese funciona todavía, avisa que nos envíen urgentemente una ambulancia.

Poco tiempo después, la rechoncha figura de un hombre se aproximaba a la finca testigo de los pasados sucesos. En aquel momento, junto a la puerta del jardín, estaban varios agentes de uniforme.

En la calzada, dos coches de la Policía y una ambulancia.

Además, y no obstante lo intempestivo de la hora y lo solitario del lugar, un pequeño grupo de curiosos vecinos se hallaba congregado ante el edificio.

El rostro rubicundo del sujeto en cuestión no pareció alterarse por el singular espectáculo que se ofrecía a su vista. Sin alterar el ritmo de su marcha cruzó frente a los allí reunidos y siguió adelante en su nocturno paseo. ¡El «Holandés» había llegado tarde! Pero nunca llegó a saber que aquel retraso le había salvado la vida...

Cuándo Mabel y Ronald Castairs salieron del departamento del F. B. I., finalmente puestos en la calle por el inspector Walker, que no quería aquella vez intromisiones en el asalto que preparaba a la guarida de los «gangsters», la muchacha exclamó:

—Estoy materialmente deshecha por los acontecimientos de esta noche, Ronald. Harías bien en acompañarme a casa cuanto antes, siguiendo el consejo del inspector.

El joven Castairs dudaba aún. No estaba muy conforme con verse obligado a apartarse del asunto, precisamente cuando el caso de las fórmulas robadas parecía llegar a su fin. El principal objetivo que se había personalmente impuesto desde un principio no estaba cubierto.

Gray o Joe, cualquiera de ellos o los dos juntos, tenían que ser forzosamente los asesinos de su padre. Y ambos se le habían escapado de las manos, y su detención, caso de llegar a efectuarse, iba a correr a cargo del F. B. I.

Estuvo a punto de volver sobre sus pasos para tratar de convencer al inspector, pero el rostro pálido y cansado de Mabel cortó sus vacilaciones. Decididamente llevaría a la muchacha a su domicilio.

El auto de Ronald enfiló rápido la ruta de Broome Street. El trayecto se verificó en silencio por parte de los ocupantes del coche. Ella había reclinado su cabeza sobre el hombro del joven y permanecía con los ojos cerrados.

Ronald consultó su reloj de pulsera: la una y media de la madrugada. Poco tiempo más tarde el automóvil se detenía frente al domicilio de Mabel.

La muchacha, al sentir los frenos, abrió los ojos, se enderezó en el asiento y, mirando a su acompañante fijamente, exclamó:

—¡Ronald, tengo miedo!

—¿Miedo?

—No puedo remediarlo. Estoy nerviosísima. Además, no hago más que pensar en ese hombre, en Gray, convertido en un criminal.

—¿Y qué puedes temer de él?

—No sé. Pero cuando recuerdo que he estado tanto tiempo trabajando a su lado, que me conoce, que esta noche nos ha visto juntos en el antro aquel...

—No puedes asegurar que nos haya visto.

—Pero es lógico pensar así. Recuerda que me has contado que esa gente te esperaba. Que al entrar en el despacho de Bill Grane

caíste en el cepo que te habían preparado...

—Bien. Aun suponiendo que así fuera ¿qué puede sucederte a ti?

—¿No comprendes, Ronald? Gray y ese otro llamado Joe andan sueltos por ahí, desesperados, perseguidos por la Policía. Han visto fracasar todos sus planes... ¡No me dejes, por favor!

El joven rio divertido ante los temores de la muchacha. Luego, cariñosamente, repuso:

—Tranquilízate, Mabel. Prometo acompañarte un rato. Pero siempre que me ofrezcas una buena taza de café. Me temo que la necesito.

La muchacha saltó alegremente del coche llevando a Ronald asido de la mano. Pocos minutos más tarde la pareja hacía entrada en una coquetona salita del departamento de Mabel Glynn. Con simpático tono de autoridad, dijo entonces la chica:

—Ahora, el sagaz detective va a quedarse tranquilamente sentado en esa butaca, reposando de sus duras tareas de esta noche. Mientras tanto, su fiel ayudante le va a preparar una maravillosa taza de café bien cargado.

Y, haciendo un guiño picaresco, la muchacha salió de la habitación, cerrando la puerta tras sí. Ronald cogió una revista de una mesita cercana y se puso a hojearla.

Una sensación de agudo bienestar le invadía moral y físicamente con aquel reposo que daba a su cuerpo después de tantas horas de intensa tensión. Se cerraron involuntariamente sus ojos.

Intentó abrirlos y fijar nuevamente la atención en la revista, pero unos minutos después resbalaba desde sus rodillas al suelo. El joven Castairs se había dormido por completo.

Cuando una hora más tarde abrió los ojos, lo primero que estos contemplaron fue la siniestra figura de Joe, sentado frente a él. El criminal le miraba fijamente, con expresión de odio infinito.

C

UANDO Ronald pudo hacer uso de su cuerpo, paralizado por la sorpresa de aquel inesperado despertar, intentó abalanzarse sobre el hombre que tenía delante. Pero aún no había iniciado el primer movimiento, cuando ya el otro le encañonaba amenazadoramente con una pistola, le decía con voz ronca:

—¡Quieto ahí, perro! ¡Ha llegado la hora de que saldemos cuentas!

Comprendiendo la inutilidad de su esfuerzo, los pensamientos de Castairs volaron inmediatamente hacia Mabel Glynn.

—¿Qué has hecho con la muchacha, bandido?

Afloró una sonrisa a los labios del «gangster», sin que se borrara por ello la bestial expresión de su rostro.

—No te preocupes. Nunca ha estado tan a gusto como lo está ahora. Si vuelves la cabeza podrás comprobarlo...

Muchas habían sido las emociones que le depararon a Ronald los tres días transcurridos desde el asesinato de su padre, pero ninguna podía compararse con la que sufrió al cumplir la indicación del pistolero. Creyó que el corazón se le paralizaba cuando sus atónitos ojos contemplaron a Mabel, recostada indolentemente en una butaca y presenciando la escena con absoluta naturalidad, mientras consumía un cigarrillo.

Por un momento el muchacho pensó que estaba soñando, que era víctima de una cruel pesadilla, que aquella imagen imposible iba a convertirse en la Mabel real, la que él conocía, la que, de un momento a otro, cuando él despertase, entraría por la puerta de la habitación, gentil y sonriente, llevando en sus manos la taza de café prometida...

Pero la ilusión solo tardó en desvanecerse el tiempo de escuchar la voz de aquella mujer que Ronald había comenzado a amar:

—¡Pareces sorprenderte, Ronald!

No pudo este responder ante la imposibilidad de encontrar palabras con las que expresar la terrible emoción del instante. Y la voz de Mabel Glynn siguió sonando en la noche, sin expresión, fría,

metálica...

—Es una historia larga, Ronald Castairs. Una historia que estaba deseando contarte. Se remonta a cinco años atrás, cuando un hombre llamado Sam Baxter fue llevado a la silla eléctrica. ¿Conoces lo que puede sufrir un ser humano cuando siente correr por su carne un chorro de fuego que lo abrasa? No, todavía no puedes comprenderlo y es lástima...

»Sam Baxter había cometido una muerte. Él era un auténtico hombre y sus actividades no podían sujetarse a los estrechos límites que las leyes imponen a los pobres de espíritu como tú. Se interpuso en sus negocios un rival y lo eliminó limpiamente. Se le persiguió por ello y al verse en cierta ocasión acorralado por los esbirros de esa ley absurda, tuvo que matar de nuevo para salvar la vida.

Y escapó.

Al llegar a este punto la mujer hizo una pausa.

Aspiró lentamente el humo del cigarro y, al tiempo que desprendía la ceniza con el borde de su uña nacarada, reanudó la historia:

—Pasó el tiempo y Sam Baxter logró rehacer su fortuna en otro Estado, muy distante de donde habían tenido lugar los acontecimientos que precedieron a su fuga. Sus negocios prosperaban y él se creía ya en seguridad. Jamás sospechó que tras sus huellas andaba ahora un maldito mastín rastreando la pista, sin desmayos, con decisión implacable, hasta que un día dio por fin con Sam Baxter y lo entregó a los jueces.

»Fue condenado a la última pena y murió maldiciendo al hombre que no quiso darle cuartel: al inspector James Castairs, que ha pagado ya aquel hecho con su propia vida... Mi nombre verdadero es el de Mabel Baxter. Yo soy su hija y ese hombre que ahora tienes a tu espalda es mi hermano.

En aquel preciso momento Ronald creyó que su cabeza se separaba del tronco por un salvaje golpe recibido en la nuca. Se hallaba todavía sentado en el sillón, con el rostro vuelto hacia Mabel.

Esta circunstancia evitó que diera con su cuerpo en tierra. Casi inconsciente por la salvaje e inesperada agresión, continuó aún escuchando la fría voz de la mujer, que proseguía impasible:

—Al morir nuestro padre ni Joe ni yo nos conformamos con la vida que nos esperaba. Emigramos al otro extremo de los Estados Unidos. Mi hermano supo pronto abrirse camino gracias a la protección de Bill Crane, un viejo amigo al que tú mataste esta

noche, Ronald. Por mi parte, contaba con dos armas que me permitían luchar con probabilidades de éxito: mi belleza y mi astucia.

»No necesito explicarte cómo conocí al profesor Robert Gray y cómo conseguí volverle loco... El estúpido se tragó el cuento de la infeliz chica desamparada que busca trabajo. Me colocó a su lado en los laboratorios y con el tiempo llegó a ofrecirme hasta su nombre. Pero yo quería más, necesitaba gozar ampliamente de todo cuanto la vida puede conceder al que se ríe de tontos escrupulos.

»Quería joyas, riquezas, que me envidiasen... Y Robert, incapaz de proporcionarme aquel lujo por medios normales, robó para mí... Solamente más tarde llegó a saber que el robo que cometió formaba parte de un cuidadoso plan elaborado por Bill Crane y por mi hermano. Cuando comprendió que había caído de lleno en una trampa, cuando vio claro cuál había sido mi intervención en el asunto, ya era tarde para volverse atrás.

Mabel hizo una nueva pausa como deseando alargar el visible horror que sus cínicas explicaciones producían en Ronald. Luego, en el mismo tono, continuó:

—El Destino quiso que fuera precisamente el inspector Castairs el encargado de intervenir de nuevo en nuestras vidas. No se trataba ya de evitar que llegase a descubrir al autor del robo de las fórmulas, sino que la ocasión se nos presentaba providencialmente para tomar una venganza largos años deseada.

»El viejo Castairs era listo y estuvo muy cerca de la verdad, tan cerca que su muerte tuvo lugar en esta misma habitación, Joe y el «Rata» se encargaron de llevar su cuerpo al garaje donde fue hallado más tarde...

»Luego interviniste tú en el asunto. Jamás nos hubiéramos molestado en prestarte atención si no fuera porque tus ingenuas confidencias resultaban utilísimas para estar siempre al tanto de las actividades del F. B. I. Jugué contigo como con una criatura.

»Cuando esta noche, durante la cena, me revelaste tu intención de acudir al «Cagliostro» me apresuré a telefonear a Joe desde el restaurante. En el Club hubieran terminado para siempre tus necias aficiones detectivescas a no ser por la maldita suerte que tuviste de ser seguido por un agente del F. B. I.

»He sido yo también la que, hace muy poco, mientras tú dormías tranquilamente en esa misma butaca, informaba a Joe sobre los propósitos del inspector Walker de asaltar esta noche el cuartel general de los muchachos de Grane...

—Cuéntale otra cosa, además —interrumpió Joe—. Dile que, al

tiempo que me advertías de la inminente visita de los «polis» me ordenabas matar a Gray para evitar que se fuese de la lengua, caso de ser detenido.

—Sí, tenía que morir. Era un estorbo. Fracasó en el asunto que podía habernos llenado de oro a todos. Conservarlo junto a nosotros era ya tan inútil como peligroso. Fue muerto por orden mía, como lo fue tu padre, como vas a serlo tú dentro de unos minutos...

El largo relato de la mujer estaba ejerciendo sobre Ronald efectos muy distintos a los que de él esperaban sus martirizadores. La acumulación de atrocidades que iban surgiendo de aquella boca tan linda, referidas fría e implacablemente, habían terminado por embotar su sensibilidad.

Ya no sufría aquel desgarró en el corazón que le dejó en los primeros momentos totalmente inerte ante la pareja de asesinos.

Ahora, por el contrario, se notaba cada vez más sereno, más dueño de sí, según iba aumentando el desprecio que aquellos dos seres le producían.

Por ello, afrontando cara a cara la situación, intervino por vez primera en el diálogo:

—Sé lo que me espera. Pero con ello lo único que lograréis es terminar antes con el asco que me causa vuestra presencia. Además, me consta que no vais a tardar mucho en seguirme a mejor vida...

—No confíes tanto en ello, infeliz —interrumpió Mabel Baxter—. Comprenderás que teníamos ya previstas todas las caras que podía presentar el asunto. Los cinco mil dólares que guarda Joe nos permitirán llegar hasta Nueva Orleans. Allí un jefe de «gang» que conoce a mi hermano nos proporcionará refugio. Cuando el F. B. I. relacione mi nombre con tu desaparición, nos encontraremos ya muy lejos...

—Pronto o tarde, terminaréis por caer en sus manos. ¡Y pagaréis entonces vuestra bestial serie de crímenes, maldi...!

Un nuevo y feroz golpe de Joe, esta vez en plena boca, cortó la frase. El muchacho cayó ahora al suelo, donde el «gangster» continuó dándole salvajes patadas.

Mabel contemplaba la escena con absoluta indiferencia.

Su único movimiento fue apartarse levemente cuando el cuerpo de Ronald, rondando sobre sí mismo, llegó a rozar sus pies.

El agresor se detuvo durante unos instantes para tomar aliento.

Cuando se acercó de nuevo a su víctima vio que Ronald estaba completamente inmóvil, encogidos los miembros, como en un postrer intento de proteger su cuerpo.

—Tráeme una jarra de agua, Mabel. Este imbécil ha perdido el

sentido en el momento en que comenzaba yo a divertirme.

La mujer abandonó lentamente la habitación.

El criminal se inclinó sobre el muchacho, temiendo haber sido demasiado rápido de procedimientos y, de pronto las piernas de su víctima saltaron como dos muelles de acero, alcanzando a Joe en pleno estómago y lanzándole a dos metros de distancia. Antes de que pudiera recobrarse del violento golpe que sufrió su cuerpo voluminoso al chocar contra el suelo, una silla se hacía pedazos en su cabeza dejándole fuera de combate.

Rápidamente, Ronald buscó en los bolsillos del caído hasta encontrar su pistola. En el mismo momento en que se ponía en pie, fijos los ojos en la puerta de la habitación, surgió Mabel. La mujer le estaba apuntando con un pequeño revólver.

Por unos instantes ninguno de los dos pronunció una palabra.

Finalmente habló ella:

—Voy a matarte, Ronald.

—Ten en cuenta que yo puedo disparar también...

—No me das miedo. Sé que eres tan estúpido como para no atreverte a hacer fuego contra una mujer...

Diciendo esto, el dedo índice de Mabel inició su presión sobre el gatillo del arma. Ronald vio en sus ojos la firme decisión de matar. Se arrojó bruscamente al suelo, pero no con la suficiente rapidez para evitar que el proyectil penetrara en su carne.

Sintió en el pecho como un brutal latigazo y quedó sumido en profundas tinieblas que esta vez, desgraciadamente, ya no eran fingidas.

La detonación, aún después de perderse en el absoluto silencio de la noche, pareció quedar vibrando en el cerebro de Mabel como intentándola avisar de la locura de aquel disparo. Permaneció inmóvil, atenta a cualquier sonido que pudiera llegar del exterior...

Pero ninguna señal de alarma turbó aquella quietud.

Tranquilizada en parte, Mabel avanzó rápidamente hasta los dos cuerpos que yacían frente a ella. El de Ronald Castairs no parecía dar señal alguna de vida. Se inclinó entonces sobre Joe.

Una profunda herida le cruzaba y respiraba con dificultad.

La mujer hizo toda clase de esfuerzos por reanimarle, pero todos aquellos resultaron inútiles.

El «gangster» continuó sumido en la inconsciencia.

Aquello comenzó a ponerla nerviosa. Rápidamente se lanzó hacia el cuarto de baño, empapó una toalla en agua fría y regresó casi sin aliento a la habitación. El remedio resultó igualmente nulo.

Las manos de la mujer temblaban cuando reemprendió

frenéticamente sus esfuerzos por devolver el sentido a Joe.

¡Tenía que conseguirlo! ¡Era absolutamente necesario que ambos saliesen inmediatamente de aquella casa!

En un precipitado desfile de imágenes, la mente de Mabel fue viviendo las posibles consecuencias: sin su hermano no llegaría nunca hasta aquel «gangster» para ella desconocido, que podía ocultarlos; tampoco podía dejar allí abandonado a Joe junto al cuerpo de Ronald.

El peligro de una rápida intervención del F. B. I., que antes le parecía remoto, llegó hasta ella saturado ahora de posibilidades... ¡El inspector Walker sabía que Ronald pensaba acompañarla a su domicilio!

En el preciso instante en que aquellos pensamientos comenzaban a torturarla, sonó el timbre de la puerta.

La mujer se enderezó como movida por un resorte y quedó rígida, con los ojos espantados dirigidos hacia el vestíbulo y los labios temblantes.

Una nueva llamada, esta vez con mayor insistencia, la envolvió en una ola de pánico. Sin el menor control de sus actos corrió a la alcoba y arrancando las sábanas del lecho, cubrió con ellas los cuerpos de los dos hombres, en un vano intento de ocultar su presencia.

Aquellas siluetas, recortadas bajo el improvisado sudario, terminaron de enloquecerla. Mientras tanto el timbre continuaba haciendo oír su agudo sonido.

Corrió hasta aquella puerta, pegó a ella el oído angustiosamente y se tambaleó de horror al sentir cómo era fuertemente aporreada desde el otro lado.

En su terrible angustia regresó a la habitación y se volvió a la abierta ventana como buscando en ella un último medio de escape. Su cuerpo se inclinó en el vacío. Treinta metros más abajo un bulto negro señalaba en la oscuridad de la noche la presencia del coche de Ronald, parado frente a la puerta del edificio. La imagen aquella llevó a su ánimo un leve destello de esperanza.

¡Si pudiera llegar hasta el automóvil! Nerviosamente, sus ojos corrieron la fachada del edificio.

Tres pies más abajo una pequeña cornisa sobresalía unas pulgadas del muro, cruzándolo longitudinalmente.

A su izquierda, y a unos dos metros de distancia, se hallaba la ventana correspondiente al departamento contiguo.

La única probabilidad de fuga que le quedaba era conseguir penetrar en el piso vecino y desde él ganar la calle. Pero la aventura

la hacía estremecerse.

Un nuevo timbrazo seguido de otra serie de sonoros golpes a la puerta acabaron de decidirla.

Temblando con todos sus miembros y sin mirar al vacío fue sacando su cuerpo lentamente hasta que sus pies se posaron en el saliente. Durante unos segundos permaneció inmóvil, incrustada materialmente en el muro, de espaldas al abismo.

Desprendió su mano derecha del marco e inició el lateral avance, tanteando a lo largo de la fachada hasta encontrar la otra ventana. Se aferró al reborde y dio un paso hacia la derecha, otro... y en aquel instante la cornisa, simple motivo de adorno, se deshizo bajo el peso de la mujer.

Por unos momentos el cuerpo de Mabel Glynn quedó suspendido en el vacío sin otro asidero que sus dedos afilados y frágiles. Luego, fue vencién dose, poco a poco, para terminar en una trágica y definitiva pirueta...

Junto a la puerta del departamento un repartidor de telegramas se desesperaba por aquella tardanza en abrirle. Hubiera desistido mucho antes de sus perentorias llamadas a no ser porque una estrecha faja de luz, filtrándose bajo la puerta, parecía indicar la presencia de los inquilinos.

Repitió sus golpes sin mejor resultado. Finalmente, sin saber qué partido tomar, permaneció unos momentos rascándose su roja pelambrera.

Terminó por guardar nuevamente el amarillo mensaje e iniciar el descenso hacia la calle.

Bien ajeno se hallaba el rubio Jim de que el destino le había elegido caprichosamente como personaje principal y decisivo en los actos primero y último del caso de las fórmulas robadas.

Su inicial intervención en el drama tuvo como resultado el auxilio de una muchacha y el descubrimiento de un cadáver.

Su actual y definitiva salida a escena le llevó junto a un nuevo cuerpo sin vida: el de la mujer que se ofreció a sus ojos nada más pisar la calle, destrozada sobre las losas del pavimento.

Una nueva muerte de la que estaba muy lejos de pensar había sido él precisamente la causa involuntaria.

La providencia había jugado una mala pasada a Mabel Baxter al designar al inofensivo y alegre Jimmy como vengador de todos sus crímenes.

Burla que resultaba aún más cruel teniendo en cuenta que el telegrama que nunca recibió Mabel decía lo siguiente:

«Recibido su encargo, acompañado del cheque,

anunciamos inmediato envío encajes por vía aérea. Labussier. Bruselas».

Un simple capricho de mujer había puesto en movimiento toda aquella pesada rueda de fortuitas circunstancias que terminaron por aplastarla.

* * *

Ronald estaba soñando.

Ante él se hallaba Joe intentando ahogarle bajo su pie.

La enorme bota del criminal oprimía ferozmente su pecho, causándole un vivísimo dolor.

Ronald asió con todas fuerzas aquel pie disforme que penetraba en su cuerpo intentando apartarlo.

Se ahogaba.

De repente, la resistencia que presentaba la pierna del criminal cedió.

Ahora era una cosa blanda que le tapaba la boca, el rostro y el cuerpo entero. Parecía alejarse ante los esfuerzos del muchacho para caer sobre él, impidiendo su respiración.

Sin saberlo, Ronald Castairs había abierto los ojos.

Un desesperado esfuerzo final le permitió apartar de sí aquella materia extraña que le rodeaba de sombras. Al ceder el obstáculo sus ojos se vieron deslumbrados por una repentina claridad.

Todo lo que le envolvía era blanco, extraordinariamente blanco, aquella cosa que caía sobre él, aquel otro bulto que yacía a su lado...

Cerró los ojos y soñó de nuevo. Se había perdido en la nieve.

Sus piernas, extrañamente pesadas, se negaban a dar el menor paso.

Hacía frío, un frío espantoso. Los copos, grandes como manzanas, iban cubriendo su cuerpo con un manto de armiño que le pesaba mortalmente...

Cuando Ronald Castairs volvió por segunda vez al mundo de los vivos creyó, no obstante, seguir en poder de la trágica obsesión que había presidido todos sus sueños. Al abrir de nuevo los ojos se vio otra vez rodeado de cosas blancas y blanca era también aquella mujer que apareció repentinamente a su lado.

—¿Dónde estoy?

—En el lecho de un hospital. Yo soy la enfermera encargada de velarle.

—¿Quién me ha traído aquí?

—Le trajeron porque había sido usted herido de un balazo en el pecho.

Poco a poco, la luz se fue haciendo en el cerebro de Ronald. Y, con ello, el revivir de las trágicas escenas; su lucha con Joe, el disparo de Mabel...

—¡Pronto! ¡Hay que avisar al inspector Walker!

—¡Cálmese, por favor! No le conviene excitarse. Ha estado usted muy grave...

—Pero... ¿no comprende que perder una hora puede significar la fuga de los criminales?

—No se preocupe de los criminales. Eso es ya cosa pasada...

—¡Pasada!

—Lleva usted en este hospital ocho días, durante las cuales ha permanecido sin conocimiento. Cierre los ojos y descanse. Todo irá bien desde ahora.

Ronald obedeció con docilidad la orden de la enfermera.

Esta vez su sueño fue maravillosamente tranquilo.

Dos semanas más tarde el joven abandonó la clínica.

Su primera visita fue para el inspector Walker.

En primer lugar quería corresponder a las muchas que el jefe del F. B. I. le hizo durante el tiempo que estuvo postrado en el lecho; en segundo lugar...

Un caluroso apretón de manos señaló el comienzo de la entrevista. Walker, con rostro sonriente, felicitó al muchacho por su rápido restablecimiento.

—Tuviste suerte de que la bala fuera de pequeño calibre. El revólver de Mabel era uno de esos juguetes propios para ser ocultos en un bolso de señora. De todas formas, el proyectil anduvo rozándote el corazón.

—Aquella mujer me lo había destrozado ya antes del disparo, inspector.

—Lo comprendo, Ronald. La vida ha sido algo brusca para ti en los últimos días.

—Me ha convertido en un hombre completamente distinto, Walker. Y, precisamente por ello, quería hablarle... pero dígame antes cómo marcha el juicio de Joe.

—Todavía no se ha visto la causa. De todas formas, el resultado se prevé claramente: Joe Baxter tendrá el mismo fin que su padre. A los asesinatos del inspector Castairs, del matrimonio Warple y de Robert Gray hay que sumar otros realizados con anterioridad y que ahora se han puesto en evidencia. Todo ello sin contar las numerosas agresiones, entre ellas la gravísima herida que produjo a

uno de mis hombres. La silla eléctrica le espera sin remedio... Y, ahora, cambiando de conversación, ¿qué es lo que querías decirme?

—Sencillamente dos palabras: quiero entrar en el F. B. I.

El inspector Walker no contestó de momento.

Quedó por unos instantes mirando fijamente a su interlocutor.

El rostro del muchacho, demacrado por los pasados sufrimientos, permanecía singularmente serio en espera de la respuesta. Esta llegó, finalmente:

—No puede ser, Ronald.

—¿Los motivos?

—Podría citarte muchos. Pero hablaré exclusivamente de los principales: el F. B. I. no quiere entre sus filas hombres que lleguen a él en busca de un refugio para su desesperación por haber sido especialmente maltratados por la vida. ¡Esto no es la Legión Francesa! El F. B. I, tampoco desea locos sedientos de venganza que quieren vengar en los criminales de los Estados Unidos posibles agravios personales. Ni, por supuesto, admitir a cualquier señorito desocupado que crea que nuestro Cuerpo es un campo maravilloso para practicar el excitante deporte de la caza del hombre y lucir así sus habilidades. No queremos ni amargados, ni pasionales, ni detectives de afición...

El inspector hizo una pausa. Luego, ante el silencio de Ronald, prosiguió:

—El hombre que nosotros queremos ha de tener un carácter entero y firme, propicio para encajar sin inmutarse los duros embates de la vida; ha de ser moral, justo y ecuaníme, para no abusar de las prerrogativas que le concede la Ley; nunca se dejará arrebatar por la pasión, por cruel que sea el enemigo que tenga enfrente...

En aquel preciso momento el joven Castairs le interrumpió:

—Entonces, inspector, ¿usted no me concede ninguna de esas cualidades?

—No es que te falten, pero...

—Pero, al menos hay una cosa que no podrá negarme por mucho que lo intente: mi entusiasmo por pertenecer al F. B. I., mi ferviente deseo de trabajar junto a usted, a quién tanto debo y admiro y, sobre todo, el satisfacer con ello una ilusionada esperanza que guardó siempre mi padre en lo más recóndito de su corazón: la de que algún día su querido «Peach» pudiera sucederle... Usted no puede negarme nada de esto, inspector Walker.

Siguieron unos momentos de silencio.

Por último, el jefe del Federal Boureau of Investigation

contempló sonriente al joven y exclamó:

—La rígida disciplina de la Escuela, teniendo en cuenta tu carácter impulsivo y poco amigo de atender a razones, va a resultarte endiabladamente dura, mi querido Ronald.

F I N

F.B.I.

LA COLECCION SIN RIVAL

F.B.I.

LA COLECCION QUE MARCA
UNA EPOCA EN LA NOVELA
POLICIACA MUNDIAL

F.B.I.

LA COLECCION TRADUCI-
DA A TODOS LOS IDIOMAS

Es, naturalmente, una publicación de
EDITORIAL ROLLAN, S. A.

Amaro García, 17 — MADRID - 5

EXTRA-OESTE

La Colección que sigue un ritmo de máxima actualidad por sus:

ARGUMENTOS TENSOS
Y PROFUNDOS

ACCION TREPIDANTE

PERSONAJES ARRANCADOS
DE LA VIDA REAL

Es, naturalmente, una publicación de
EDITORIAL ROLLAN, S. A.

Amaro García, 17 — MADRID - 5



★ **LA MÁS
TREPIDANTE
COLECCIÓN DE
GUERRA**

PRECIO DE ESTE VOLUMEN
EDITORIAL ROLLAN 10 **pesetas**

Notas

[←1]

Melocotón.